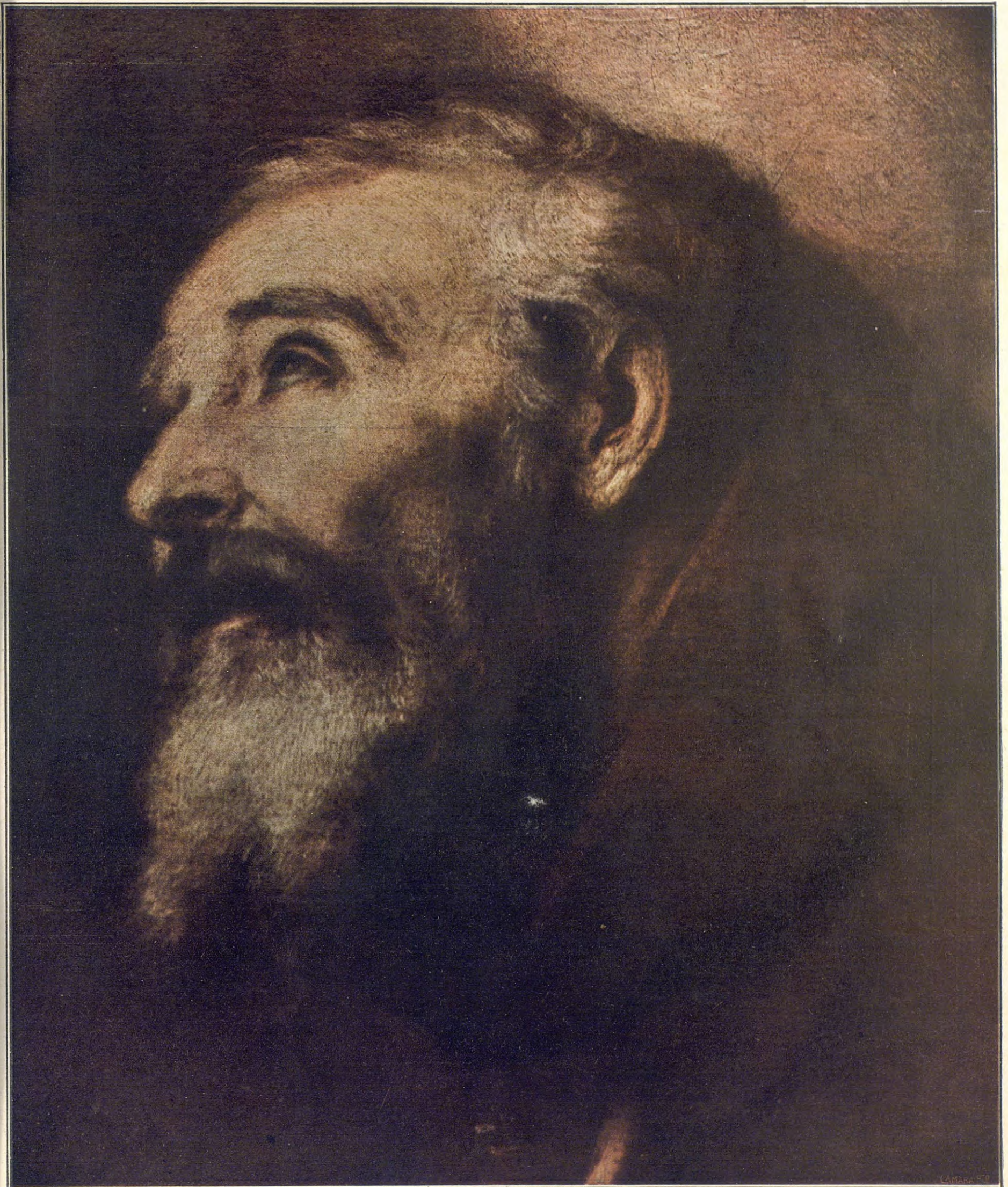


La Esfera

Año V  Núm. 212

Precio: 60 cénts.



SAN FRANCISCO DE PAULA, cuadro de Murillo, que se conserva en el Museo del Prado

Una de las Delicias de la Vida

es la exquisita sensación de bienestar
y frescura producida en los cutis
irritables por la

"Nieve" ("HAZELINE"
SNOW "SNOW")

(Marca de Fábrica)

'Hazeline'

En todas las
Farmacias y
Droguerías



Barroughs
Wellcome y Cia.
Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera
una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

Sp.P. 1331

All Rights Reserved

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

UNDERWOOD



Campeón

de las

Máquinas de escribir

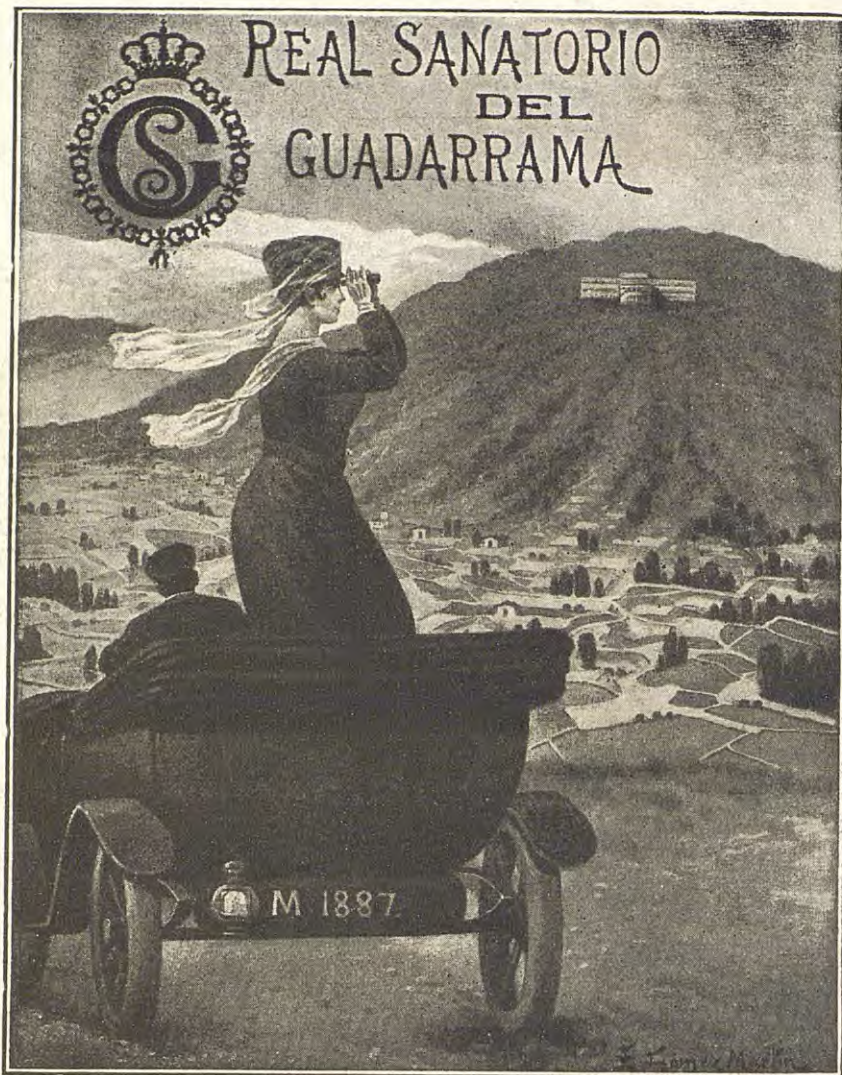
G. TRÚNIGER Y C.º

Balmes, 7, Barcelona.

Alcalá, 39, Madrid.

CASA SUIZA

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.— Mayor sequedad de atmósfera
y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.— Abierto todo el año.

Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barquillo, 3, Madrid

EL PIANO MANUALO



Oiga Ud. el PIANO MANUALO, y seguramente no dudará en la
elección al comprar un piano automático para su solaz y recreo.
Si es Ud. buen aficionado á la música no demore su compra.

VENTA EXCLUSIVA EN ESPAÑA:

Casa CAMPOS.—Calle de Nicolás María Rivero, 11, MADRID

La Esfera

Año V.—Núm. 212

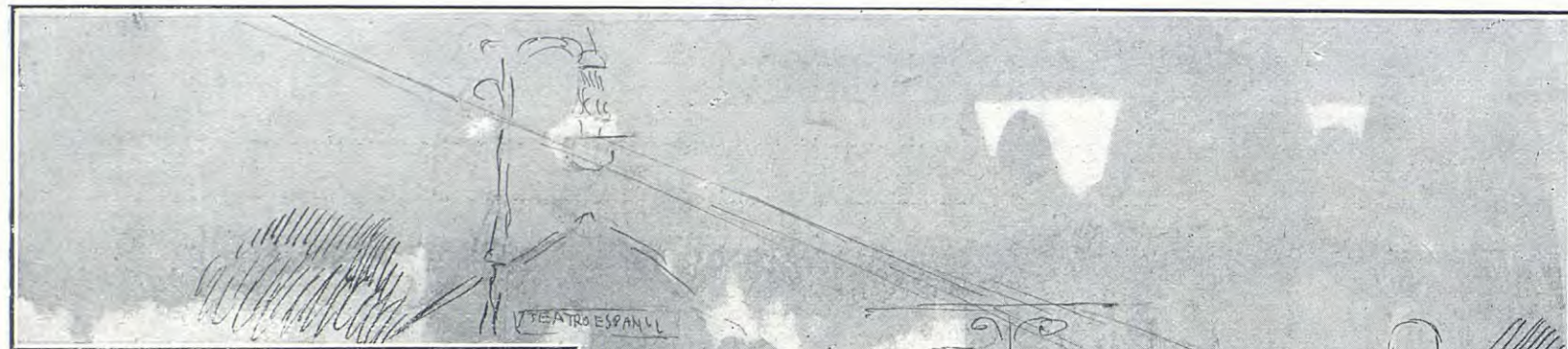
19 de Enero de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO

Inmortal pintor sevillano, cuyo centenario se ha celebrado el día 1 de Enero.—Copia del autorretrato de Murillo hecha por A. M. de Tovar y existente en el Museo del Prado



Las pobres en el Edén-Concert

BARCELONA sigue dando el ejemplo a las otras ciudades españolas, más lentas y menos enérgicas. Cuando vayan pasando años sobre esta historia que vivimos al día, y los españoles de mañana puedan apreciar en conjunto la marcha de nuestra revolución, cobrarán valor muchos sucesos que hoy leemos en los periódicos sin sobresaltarnos—estos periódicos tan combatidos, *que no traen nunca nada*, según la frase hecha de la rutina y de la pereza mental, y que nunca han venido tan llenos de vida, de lágrimas y de sangre—. Y entre los sucesos de estos días destacará como una nota viva de color —de color rojo, claro está—, el asalto de las mujeres barcelonesas al Edén-Concert.

Ningún hecho puede tener tanta fuerza gráfica para expresar la ira del honrado pueblo. No hablará quien lo considere desatinado y extravagante. ¿Qué tienen que ver con el precio del carbón y de las patatas los espectáculos de café concierto? ¿Por qué no asaltan la casa del Conde y los mercados en vez de destrozarse la vajilla de un *music-hall*?— Todo se andará —, pueden decir las mujeres de Barcelona.

Hay que saber lo que significa en la gran ciudad catalana todo ese barrio que desemboca en las Ramblas: calle de San Pablo, del Hospital, del Conde del Asalto... Hay que imaginar la singular atracción que ejerce sobre el trabajador el vicio circulante, exhibido con pompa y alegría; el reflejo de la vida cosmopolita que le deslumbra con sus luces multicolores y, sobre todo, con la guardia de honor que le rinden las ninfas del Edén-Concert. Todo allí es popular, accesible, fácil. Todo se ostenta sin reparo y sin pudor en medio del arroyo. Y parte de ese pueblo relativamente rico—más rico ahora que nunca, pues la guerra ha hecho subir los jornales—, ha entrado ya en costumbres de burguesía viciosa. El Paralelo y Atarazanas están llenos de tentaciones que se ofrecen con una libertad simpática, familiar... Se concibe muy bien que las mujeres de su casa vean en el café concierto al enemigo, y que todos esos espectáculos brillantes envueltos en una atmósfera pesada de tabaco, de esencias y de alcohol, donde aguardan á sus maridos, á sus hermanos, á sus hijos otras mujeres que parecen nacidas en otro planeta, atraigan el odio de todos los días, que es el peor.

Por eso, al lanzarse á la calle han querido tomarse la justicia por su mano y entrar allí una vez siquiera para ser las amas. Ya sabemos que no es ese lujo pobre, ese vicio ilusorio el que puede ponerse de contraste con la miseria de los explotados. Sabemos también que, á pesar de los sombreros de plumas, las blusas escotadas y las faldas de seda, esas otras mujeres que montan la guardia permanente del café concierto, son pueblo también y acaso jornaleras. Envidiadas ó compadecidas, forman parte de una explotación industrial, no menos sórdida que otras, y su trabajo es tan penoso que no le cambiarían por el suyo la mayoría de las amotinadas. Pero un instinto certero las hizo acometer al enemigo, á la ilusión de sus hombres, al espejuelo que los atrae.

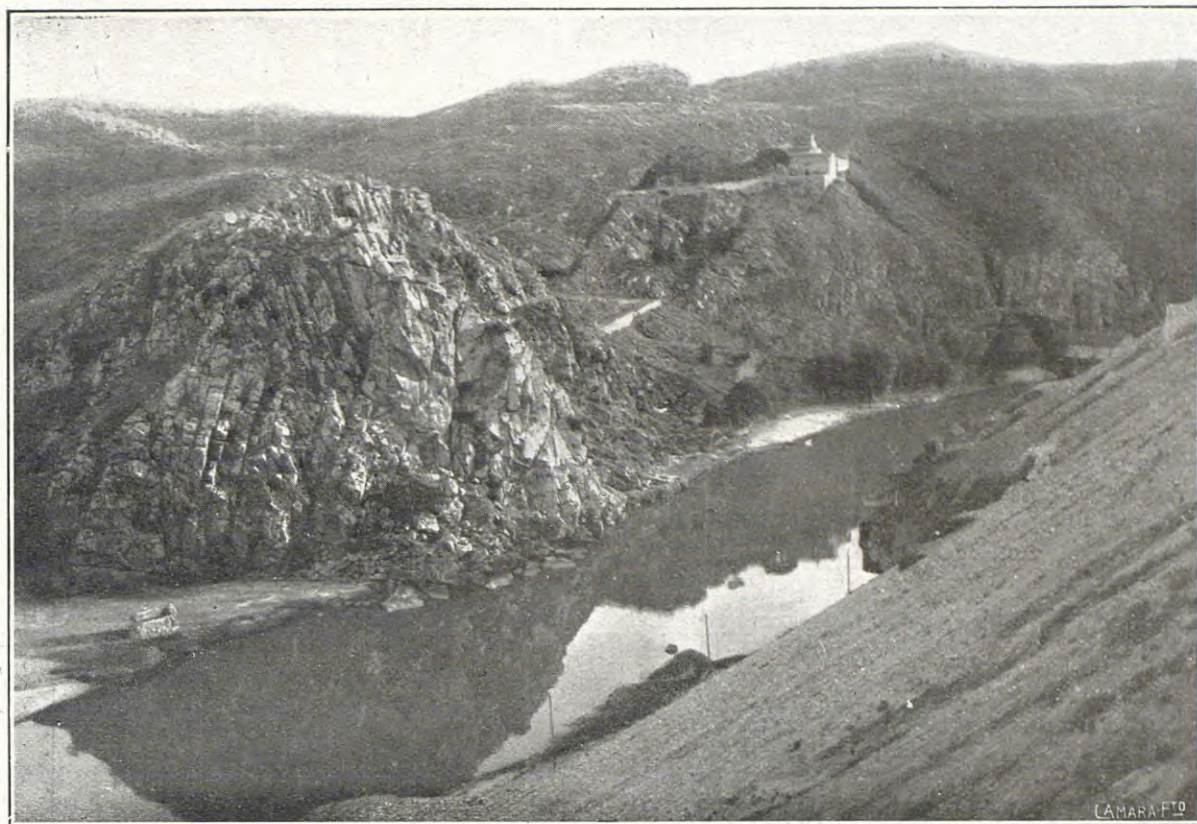
Y, sobre todo, la irrupción violenta de las pobres barcelonesas en el Edén-Concert quiere decir que hay un vicio inoportuno; que cuando toda la vida de Europa atraviesa un momento de purificación y de sacrificio, es necesario que nosotros contengamos también la marcha cotidiana de los bajos placeres. Ellas no ven sino el mal que se muestra á flor de piel, el miserable fausto del café concierto, y han aprovechado un día de violencia para castigarlo.

DIBUJO DE MARÍN

Luis BELLO



:- Paseo matinal y nocturno por Toledo :-



Toledo.—Vista de la ermita del Valle, desde uno de los rodaderos

EN la mañana, Toledo tiene un aire de ciudad andaluza: mucho sol, flores en las rejas y caritas morenas tras las celosías... En la noche, Toledo es una vieja ciudad castellana, áspera y ceñuda, con un aire teatral y romántico... Evoquemos, para confrontar estas dos impresiones, una misa matinal en Santo Domingo el Real, humilde y sencilla capilla de monjas carmelitas, y el paseo nocturno, la divagación disparatada bajo la luna ante el atrio de Santo Domingo el Antiguo...

En Santo Domingo el Antiguo, la impresión de Toledo es la de una vasta ciudad romántica, toda llena de quimeras, de duelos y de trovas á la luna en un metro español, en ovillos ó en acrósticos á la dama de los pensamientos... Pero Santo Domingo el Antiguo no es sino uno de los aspectos de Toledo; es el aspecto romántico, teatral de estas ciudades viejas. Bajo el atrio se adivinan las sombras de dos embozados entrecuchando las espadas, en desafío por una dama. Es el Toledo dramático, el Toledo que ha sido patria de Francisco de Rojas, ese autor de segunda fila superior á muchos de primera, pues su *García del Castañar* puede trocarse por cualquier drama de Calderón, y su *Entre bobos anda el juego* por cualquiera comedia de Lope de Vega. ¿Y quién podrá olvidar aquella maravillosa concepción de *El conde de Orgaz*, que es realizado en drama lo que en pintura *El enterramiento del conde de Orgaz*, «de un sentimiento á la vez árabe y cristiano», como dice Barrés? (Recientemente el joven erudito y muy emocionado poeta, D. Federico Ruiz Morcuende, ha apurado esta tesis en su substancioso y documentado prólogo á la nueva edición de Francisco de Rojas.—*Ediciones de La Lectura*.)

Pero Santo Domingo el Real tiene otro sutil encanto: es la Castilla íntima y emocionante, es el Toledo sin teatralidad. Santo Domingo el Antiguo es la Castilla bravía y guerrera, de construcciones pesadas; Santo Domingo el Real es la dulzura y la poesía exhalada de la agria tierra de Castilla; es la Castilla maternal y tierna, de aire fatigado y emaciado de madre que ha dado á luz muchas veces...

Santo Domingo el Real es aquel dulce convento de carmelitas cercano á la Diputación provincial, donde Maurice Barrés entró una tarde cuando se celebraba una novena por el aniversario de la santa. «*Il y avait des tapis epais, des tentures de soie, beaucoup de fleurs en papier et des bougies allumées.*» (*Greco ou le secret de Tolé-*

de, cap. IV, pág. 107). Si entráis aquí á las mañanas ó en tardes de novena ó de triduo, oiréis siempre las mismas arrulladoras voces de cantoras invisibles que oyó Barrés con emoción. Todo es dulce, recogido y femenino en esta pequeña iglesia de convento de carmelitas. Todo es dulce, quieto y aromado, como un camarín de mujeres castas y buenas, un poco severas, un poco ásperas, un poco ariscas, como todas estas muchachitas castellanas—pero tan amorosas y suaves cuando son madres ó cuando son novias—, ¡y tan inefablemente adorables cuando profesan en un convento de clausura!... Barrés extrema un poco el contraste entre el arte árabe y el cristiano cuando ve en este convento algo de molición árabe, y evoca un versículo de Mahoma... ¡Oh, nada más lejos—fuera de la exterioridad de algunas iglesias—, nada más lejos del espíritu del misticismo español que la molición mahometana!...



Calle típica de Toledo FOTS. VILLALBA

A la salida de la misa de siete de las monjas, nos entregamos al planear desorientado y sin rumbo por las callejuelas absurdamente pinas, á veces inverosímilmente angostas, de esta vieja ciudad. Aquí tenemos la Guía Brœdeker, *ad usum turistorum stultorum*; ¿para qué seguir las indicaciones de esta guía rutinaria? Entreguémonos al bello azar de cruzar calles desconocidas y extraviarnos en este imperial rincón de Castilla.

He aquí las calles castizas, de nombres pintorescos: los nombres religiosos y tremendos, de angustiosa sensación, como calle del Cristo de la Calavera, ó calle de San Juan de la Penitencia. Aquí tenemos también, entremezclados, los nombres picarescos; es decir, de la otra línea de la tradición castellana: la del Arcipreste de Hita, frente al Beato Juan de Avila; la de Velázquez, naturalista fuerte y vigoroso, frente á Zurbarán ó Ribera, místicos atormentados. He aquí, pues, ¡oh, lindo hallazgo!, el callejón sin salida de los Niños Hermosos...

Mas cuando Toledo adquiere plenitud de visión, intensidad de perspectiva, es cuando se contempla la bella ciudad desde la ermita de la Virgen del Valle, al ocaso del sol... El crepúsculo pone tonalidades malvas y rosas sobre todas las torres de la ciudad; refleja con maravillosa inversión en el río los edificios cercanos á la orilla, y pone tonos grises y apagados sobre el áspero castillo de San Servando ó San Cervantes...

He aquí, enfrente, las múltiples torres de la ciudad. Desde el balcón ó mirador de piedra de la ermita, tenemos, á la derecha, el castillo, con su mole medioeval y torreada; al frente, por este orden de distribución, como cuerpos de ejército que defienden la ciudad—¡soldados gloriosos de las milicias de Cristo!—, y guardián celoso de Toledo, como avanzada, el Alcázar magnífico é ingente, y á seguida, de derecha á izquierda, las torres y campanarios de las múltiples iglesias y conventos de esta levítica ciudad: San Nicolás, la Magdalena, San Justo, la esbelta y abandonada torre mudéjar de San Miguel; detrás de ella, destacando orgullosa como emperatriz de todas ellas, la catedral, y luego San Juan Bautista, San Román, San Pedro Mártir, el convento de los Gilitos...

¡Torreones gloriosos del castillo inexpugnable de la fe; guardianes avanzados de la ciudad contra heréticas intrusiones!...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

EL CENTENARIO DE UN GRAN PINTOR ESPAÑOL

BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO

INADVERTIDO ha pasado el tercer centenario del nacimiento de Murillo. Como en 1818, los bélicos gritos, los ayes de las víctimas y el estruendo de disparos, cornetas y atambores dominan la suave y dulce voz del arte que inútilmente acude a la atención de los espíritus conturbados.

Y, sin embargo, entonces el nombre de Murillo tuvo más sonoros ecos que ahora, tanto por el inicuo despojo que de sus obras hiciera en Sevilla el mariscal Soult, cuanto porque en los primeros años del siglo XIX se comenta su pintura y se narra su vida en libros de diversos idiomas.

Pero el caso es que el aniversario de su nacimiento ha pasado en España inadvertido. Quiere, no obstante, LA ESFERA salvarse de este pecado de olvido reproduciendo algunas de las obras del autor de las Concepciones, eligiendo de entre las copiosas series del Museo del Prado, templos y museos sevillanos y pinacotecas de particulares, limitándose a los cuadros existentes en España, ya que de Murillo es tal vez del pintor español que, teniendo muchos cuadros en su patria, existe un número enorme de producciones suyas en los grandes Museos de Europa.

ooo

Harto con ociosa la existencia plácida, laboriosa, de Murillo. Hasta la fatal caída que le causó la muerte se deslizó lenta y serena, como las aguas de un río tranquilo de transparentes linfas. Orada aparece, no obstante, de legendarios episodios y místicos arrebatos que prolongan en el artista aquella fusión aparente del realismo y del ensueño que sus cuadros ofrecen.

Bartolomé Esteban Murillo fué bautizado en la iglesia de la Magdalena, de Sevilla, el día 1.º de Enero de 1618. Eran sus padres Gaspar Esteban y María Pérez, humildes artesanos que vivían en la plazuela de San Pablo.

Muy niño era Murillo cuando murieron sus padres, y bajo la tutoría del médico Juan Antonio Legares sintió despertar en sí la afición a la pintura.

Su maestro, Juan del Castillo, se trasladó de Sevilla a Cádiz por los años de 1639 a 1640. Es

entonces el período más amargo de la vida de Murillo. Tiene poco más de veinte años. Huérfano y sin fortuna, ha de ganarse la vida pintando cuadros de feria para venderlos en el mercado semanal de los jueves.

El retorno de Pedro de Moya a Sevilla, ennoblecida su pintura por la distinción colorista de Van Dyck, influye poderosamente en la evolución estética de Murillo.

No se resigna a ser un pintor de feria; no le satisface aquella sequedad y rigidez características de la entonces escuela sevillana. Siente la

volvió a recobrar la salud, y falleció pocos meses después, en el preciso instante de dictar su testamento al escribano Juan Antonio Guerrero, el día 3 de Abril de 1682, entre cinco y seis de la tarde.

Fuó enterrado en la iglesia de Santa Cruz, en la capilla de los Hernando de Jaén, al pie del altar mayor, donde había *El descendimiento*, de Pedro Campaña, obra que fué siempre muy amada y enaltecida por él. Su cuerpo yació bajo una lápida en la que había grabado un esqueleto y la inscripción *Vive moriturus*, hasta que los france-

obsesión de Italia, como tantos otros pintores andaluces; la obsesión de Flandes, como su discípulo Moya, que abandonó los pinceles por las armas y volvió a los pinceles hechizado por la señorial grandeza de Van Dyck.

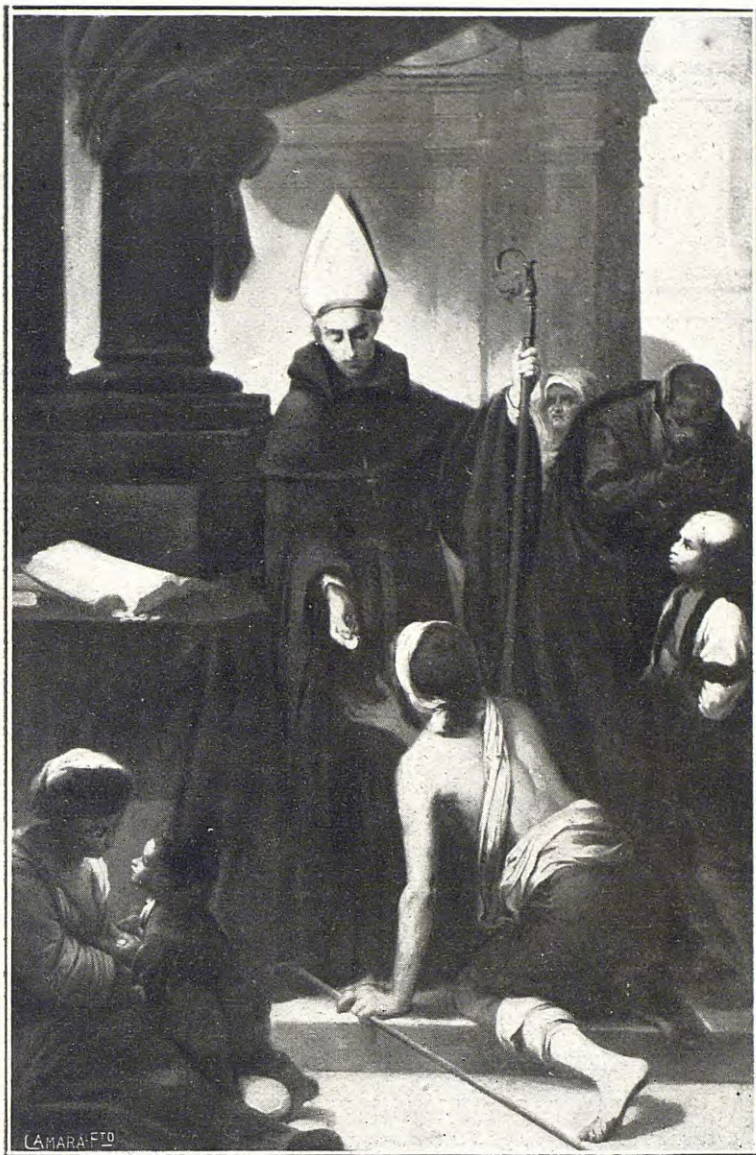
Murillo logra trasladarse a Madrid como primera etapa del viaje artístico proyectado. Conoce a Velázquez, y Velázquez es su maestro y protector. Son cuatro años de un trabajo incesante, de una profusión de revelaciones para el ansia insatisfecha del joven pintor sevillano. El Alcázar Real, el Buen Retiro, el Monasterio de El Escorial le ofrecen los tesoros pictóricos de los Tiziano, Van Dyck, Ribera, Rubens, y del propio Velázquez. Ya no piensa Murillo en salir de España. Copiando los lienzos de los maestros renueva su técnica y su espíritu; y cuando Velázquez vuelve de Lérida en 1644, y le considera ya suficientemente preparado para marchar a Italia, Murillo manifiesta el deseo de volver a Sevilla.

Sevilla le recobra para no perderle ya hasta su muerte, acaecida en 1682.

Tenía el artista sesenta y cuatro años. A petición del convento de Capuchinos de Cádiz, y para cumplir la disposición testamentaria del caballero genovés Juan Violato (legatario de una importante cantidad que había de emplearse íntegra en varios cuadros del pintor sevillano), se trasladó a la ciudad gaditana y empezó a pintar el cuadro *Los desposorios de Santa Catalina*, estipulado en novecientos pesos. Uno de los días cayó del andamio al suelo, con tan mala fortuna, que ya no



“Aparición del Niño Jesús a San Antonio”
(Cuadro de Murillo, que se conserva en la catedral de Sevilla)



"Santo Tomás y los mendigos"

(Cuadros de Murillo, que se conservan en el Museo provincial y en la catedral de Sevilla)



"El Angel de la Guarda"

ses arrasaron la iglesia. Confundidos con los de las víctimas de la terrible peste de 1649, no fueron hallados sus restos.

ooo

Murillo fué el pintor religioso por excelencia. Religioso, no místico.

Místicos son el Greco; Valdés Leal, Morales. Expresaban la sombría y torturada alma española, consumida por el interno fuego del fanatismo. Antes de Murillo, la pintura catolicista es trágica, lúgubre, busca la emoción con penetrante fiereza. Murillo viene a transformar el concepto de esta clase de pintura. La hace tersa, alegre, diáfana, exaltadora de sentimientos dulces y candorosos. Si antes se concebía á los monjes de Ribera, de Zurbarán, de Ribalta, arrodillándose en las frías losas de un monasterio á la madrugada, frente á Cristos sangrientos, San Franciscos exangües y Dolorosas lividas, Murillo sugiere la idea de monjitas regordetas, rubicundas, que se arrodillan en almohadones de terciopelo, que cuidan jardincitos á las horas gratas de un sol vernal, que hacen confituras y ramitos de papel y cantan gozos gangosos ante un San Antonio galán y unas Purísimas bellas y unos niñitos con pellicos floridos de pastor de romance...

Bartolomé Esteban Murillo era fervoroso creyente. Su vida está iluminada por la fe católica, pero una fe católica que hubiera



"San Juan de Dios, auxiliado por un ángel, en el transporte de un herido"

(Cuadro de Murillo, existente en el Hospital de la Caridad, de Sevilla)

destruido el infierno y prometiera el cielo á todos los mortales. Murillo, recluido en Sevilla, no pinta sino para iglesias y conventos; pertenece á hermandades piadosas; convierte á su gran amigo don Miguel de Mañara; da su hija Francisca á un convento de Dominicas y su hijo Gaspar al sacerdocio. Tal vez si el otro hijo, Gabriel, no marchara á América, también hubiera vestido hábitos.

Una vida tan edificante unida á un arte tan ungido de celestiales armonías, sublimes delirios y glorificaciones de bellas vírgenes, había de conquistar rápido y permanente triunfo.

Sin embargo, en nuestra humilde opinión, Murillo religioso es menos admirado que Murillo realista. Aun colocado en plano inferior de Velázquez, Ribera, Zurbarán é incluso el propio Valdés Leal, contemporáneo y rival suyo, Bartolomé Esteban Murillo es un gran pintor de asuntos y personajes humanos. No solamente en los retratos, en las escenas y tipos populares, sino también en aquellos cuadros donde alía lo divino con lo terreno, ó en los que da á modelos reales personalidad alegórica de religiosos mitos, Murillo muestra un vigor, una veracidad, una viril belleza que luego se afeminan, se adulzonan en sus lienzos de la última época cuando pintaba cuadros de devoción con melifluido fervor.

SILVIO LAGO

CUADROS DEL MUSEO



JESÚS Y SAN JUAN

Cuadro de Murillo, conocido generalmente por "Los niños de la concha",
que se conserva en el Museo del Prado

LOS CUADROS DE MURILLO



SAN JUAN BAUTIZANDO AL SEÑOR

Cuadro de Murillo, que se conserva en la catedral de Sevilla



UNA COLECCIÓN NOTABLE

VARIAS OBRAS DE MURILLO



Nuestra Señora de Belén



Las rosas de Jericó



La Virgen del Rosario

(Cuadros de Murillo, propiedad del ex diputado a Cortes D. Francisco Pérez Asencio)

Da carácter de actualidad al tercer centenario del nacimiento de Murillo, el hablar de la serie de obras del pintor sevillano que posee el Sr. Pérez Asencio.

De Murillo existen en poder de particulares casi tantos cuadros como hay en museos oficiales, templos y conventos. Sobre todo en la re-

gión andaluza, los lienzos atribuidos, con más o menos certeza, al autor de las *Parisimas*, constituyen un número muy crecido.

Don Francisco Pérez Asencio, ex diputado a Cortes por Jerez de la Frontera, es un coleccionista muy inteligente y poseedor de gran número de obras de distintos autores y épocas, y

de su pinacoteca forman parte cinco lienzos que, con suficientes seguridades de no equivocarse, pueden ser atribuidos a Murillo.

A título de curiosidad reproducimos en estas páginas cuatro de ellos: *La Anunciación*, *La Virgen del Rosario*, *Nuestra Señora de Belén* y *Las rosas de Jericó*.



La Anunciación

(Cuadro de Murillo, propiedad del Sr. Pérez Asencio)

ESPAÑA MONUMENTAL



Portada posterior de la catedral de Orense

FOT. SALAZAR



CUENTOS DE "LA ESFERA"

EL SANTUARIO DEL TRIUNFO

Y el peregrino avanzaba por la senda casi cubierta de malezas. La brisa agitaba su túnica de apóstol que flotaba alrededor de su cuerpo, y á veces el frágil paño se enredaba, agitado por la brisa, desgarrándose en las espinas de los zarzales y en la maraña espesa de las ortigas.

Clareaba el día. El campo extendíase sereno, tranquilo y luminoso, en la gloria del amanecer. La senda estrecha serpenteaba como queriéndose burlar del monte plétórico de vegetación que le cercaba por todas partes. Lejana, ya casi en el horizonte, oculta por unos cendales de nubes y con su corona de nieve, erguíase austera y triunfadora la cumbre donde se alzaba el Santuario.

Gorjeaban los gorriones y cantaban los labriegos con tan claras y sonoras voces, que el caminante sentía también deseos de cantar, de unir su voz á aquel coro maravilloso que traía á su imaginación las inmortales geórgicas de Virgilio. El mundo volvía á su juventud. El sol, como una gran flor, dió al viento sus pétalos de luz, y el campo se iluminó como si Dios mismo mirase á la tierra desde el firmamento.

El peregrino, que estaba también en los albores de su juventud triunfante y dominadora, alzó sus ojos al cielo y saludó al esplendor del nuevo día. Después, con la confianza que le prestaba la seguridad en sí mismo, siguió confiado su camino. El báculo que esgrimía en su brazo musculoso, casi no rozaba el suelo. El caminante, pleno de fuerzas, miraba á aquel punto de apoyo con poco interés, pero sin desprecio, sabiendo que hasta de lo más insignificante puede necesitarse ayuda. La senda trazó una curva y pronto tuvo la certeza de que empezaba su ascensión por la falda del monte, no por el cansancio, pues jamás

se sintió más ágil ni más fuerte, sino porque el campo á su espalda iba descendiendo. De improviso tuvo que detenerse; en unas ramas arteramente retorcidas había quedado enganchada su túnica y le impedía el avance. Tiró con energía. Crujió la tela; un jirón quedó flotando en el aire, pero logró desprenderse y siguió su camino, firme el paso, desafiadoras sus pupilas, erguida su cabeza.

Caminó así mucho tiempo: horas, días, semanas, meses y años, y el Santuario parecía estar aun más lejano que el primer día, como si un espíritu burlón lo fuera hundiendo en las brumas del horizonte. Incansable, con el esfuerzo prodigioso de la voluntad, el peregrino no decaía un momento. Vió por espacio de muchos años la salida del sol. Descansaba únicamente en las altas horas de la noche, lo indispensable para recuperar fuerzas, y tranquilo, emprendía de nuevo la marcha hacia la cúspide. De sus vestiduras no conservaba más que un pedazo que había arrollado á su cintura; ahora, los zarzales se clavaban en sus carnes, y en la blancura del cuerpo la sangre fluía en hilos rojos, que descendían y empapaban la tierra. La senda cada vez más estrecha y empinada cansaba sus pulmones. Respiraba ansioso en las horas caliginosas del día. Hubo momentos en que tuvo necesidad de apoyarse en el báculo, y la cumbre seguía alejándose en un prodigioso juego de perspectiva.

Ni un gesto de desesperación, ni un grito de dolor lanzó ante las fatigas de la ascensión lenta, incesante, inacabable. Alimentábase sobriamente, y todas las mañanas al salir el sol saludaba al nuevo día con la misma religiosidad que al comienzo de emprender la marcha.

Una tarde, y cuando por un raro efecto de óptica, creía estar cerca del Santuario, sintió un ruido extraño en los cercanos matorrales. Pronto se puso á la defensiva. No llevaba más arma que su nudoso báculo y un caudal de audacias en su corazón. Abrióse violentamente el espeso jaral, y de un salto monstruoso un enorme lobo apareció ante él. Erizados sus pelos, fríos y endurecidos sus ojillos acerados, anhelantes y abiertas sus fauces ante la presa segura, la fiera inició un gruñido y lanzóse hacia el hombre, despierta aun más su voracidad por la sangre que corría de las heridas ocasionadas en el cuerpo del peregrino por las matas punzantes que cubrían la senda.

Fué una lucha horrible. Hombre y lobo lucharon cuerpo á cuerpo, defendiendo la vida en esfuerzos supremos y titánicos. Cayó el hombre boca arriba derribado por la fiera. Hincó ésta rabiosamente sus colmillos en la carne del caminante. Dió un grito lastimero el hombre, pero no de vencido, y en un esfuerzo prodigioso logró desasirse, no sin que su piel quedase desgarrada como antes quedaron sus vestiduras; y cuando avanzaba de nuevo el lobo, el hombre lo derribó, apretó con sus fuertes rodillas el cuerpo peludo y áspero, y sus manos, agitadas por un temblor nervioso, se hundieron en la boca abierta de la fiera. Esta no pudo jugar sus mandíbulas para hacer presa, y falta de respiración, ahogó un rugido y se desplomó sobre la senda. Había sido víctima de su misma ferocidad. Abrió las fauces para destruir y fué derrotada con sus mismas armas. Caía el sol; una brisa leve y acariciadora rizaba el monte y ponía temblores de luz y de sombra en las hojas de los árboles. El peregrino

secóse la sangre que corría por su cuerpo, y con uñas de león hizo una pasta para curarse las heridas. Después siguió lentamente su interrumpida ruta. En la cima del monte el Santuario resplandecía y era como una esperanza en la paz idílica de la tarde.

□□□

Ya el báculo le servía de apoyo; sin él no hubiese podido avanzar un solo paso. Si otro lobo le saliese al camino, impidiéndole su ascensión á la cumbre, hubiese abierto los brazos dejándose matar. Todas sus energías juveniles habían quedado agotadas en aquella larga caminata. Emblanquecieron sus cabellos, y sus barbas crecidas eran blancas como copos de nieve. Ya la juventud le abandonó. Y de los ojos del peregrino cayeron dos lágrimas de amargura. Sin embargo, avanzaba... avanzaba...

□□□

En los últimos días, fúnebres apariciones pusieron un anillo de angustia en su alma. Por la senda había encontrado los cadáveres de varios peregrinos, unos despedazados por los lobos, otros caídos allí por el cansancio, vencidos por el sufrimiento, por los años y por las crueles asechanzas. Cerraba sus ojos, hacía la señal de la cruz y seguía melancólico y casi desesperanzado la senda inacabable.

Una noche en que las estrellas brillaban limpiamente en el azul del cielo, se detuvo como siempre á descansar hasta que el sol asomara por el Oriente, cuando abrióse de improviso un matorral, dando paso á un hombrecillo. Era un gnomo de luengas barbas blancas el que surgió ante él y, saludándole amistosamente, le dijo con voz cascada y hueca:

—Peregrino amigo. Os vengo siguiendo desde que emprendisteis vuestra ruta hacia la cumbre, y me admira vuestro tesón y vuestra fe. Quiero ser generoso con vos, y en prueba del afecto que os profeso voy á indicaros el camino más corto y el menos expuesto. Si seguís mis consejos, mañana mismo plantaréis vuestros reales en el Santuario. Muchos, antes que vos, llegaron también porque yo les indiqué la ruta—, añadió el hombrecillo, sonriéndose con cinismo.

—¿Cómo es posible eso?—respondió el pere-

grino—. No hay camino que pueda ser más corto que el derecho. Y al menos que no poseáis un mágico poder, no me explico que consigáis acortarlo.

Rió el hombrecillo aun más cínicamente que al principio, y contestó:
—Yo dispongo de un camino oculto bajo tierra en las entrañas del monte, y á pesar de las encrucijadas y vericuetos llegaréis por él al fin que perseguís. Ahora, sólo tendréis una molestia: el camino, como construído para gente de mi calaña, es á semejanza de un túnel; tendréis que ir con la cabeza inclinada y á veces no podréis avanzar sin arrastraros como los reptiles. Molestias pequeñas, si las comparáis con las que habéis padecido durante vuestra larga peregrinación y las que aún tendréis que padecer.

El gnomo, acariciándose sus largas barbas, esperó la respuesta del caminante; pero éste irguióse y respondió con sequedad:

—Os agradezco mucho vuestra atención; pero dispensadme si no acepto vuestro ofrecimiento. Estoy acostumbrado á caminar por espacio de años y años con la cabeza alta. Mis cabellos negros se tornaron blancos con el beso de la luz. Durante toda mi vida he curtido mi cuerpo con la gloria del sol, he aspirado la brisa y el perfume de los campos y he oído los arpegios y los trinos de los pájaros. Si un día no viera salir el sol, moriría de tristeza. Ese camino subterráneo, sombrío, zigzagueante por el que se avanza ciego, sin saber si vuestras manos se llenan de barro, me enloquecería. Seguiré andando como hasta ahora sin perder la voluntad ni la esperanza de llegar, y si caigo en el camino falto de fuerzas, moriré serenamente, con el consuelo de que luché hasta el fin, con la paz en el alma y con el corazón elevado hacia Dios.

—No insisto—respondió el hombrecillo—. Sois demasiado altanero—. Y lanzándole una mirada de rencor desapareció en la espesura. Y cuando el sol alumbró de nuevo la tierra, el peregrino reanudó su caminata.

Ya del Santuario se distinguían las paredes inmaculadas de blancura, y la cruz abría sobre la tierra sus brazos protectores.

De repente, sintió el peregrino que un viento húmedo deshacía su larga y enmarañada cabe-

llera. El sol se hundió con brusquedad en el negro regazo de una nube. El monte abismóse en la sombra del obscurecer. Y un trueno retumbó lejano. Aceleró el paso y de nuevo gotas de su sangre brillaron como rubíes en las zarzas del camino. Quería llegar al Santuario antes de que la terrible tempestad comenzara. Inútil intento. El Santuario estaba aún lejano y tuvo que sufrir á pecho firme aquel formidable choque de los elementos desencadenados.

A la mañana siguiente, después de una noche pasada bajo la inclemencia del tiempo, abiertas sus heridas y titilando la sangre como un rocío rojo, sintió que el frío se apoderaba de sus nervios. Avanzaba anhelante como próximo á dar el último suspiro. Pensó en llamar al hombrecillo del monte, pero fué un pensamiento fugaz que desapareció como un relámpago. Al instante se arrepintió de su cobardía, y haciendo un nuevo y sobrehumano esfuerzo, siguió... siguió...

□□□

Cantaban los ruiseñores, los mirlos, los colibríes y los filicotois en la espesura, y el sol cubría el monte con sus rayos rosados, en la paz y dulzura de la aurora, cuando el peregrino, hundidas las mejillas y enturbiados sus ojos, puso el pie en la ansiada cumbre.

Dilatáronse sus pupilas en un trágico y supremo deseo de luz ante el maravilloso panorama. Vió, ó más bien adivinó, por cuevas, senderos y vericuetos, á otros peregrinos que avanzaban trabajosamente. Observó á muchos que, antes de ser vencidos, descendían, faltos de voluntad al convencerse de la esterilidad de sus esfuerzos.

Y cuando desde la cumbre contemplaba á los hombres como gusanos y á las ciudades más populosas como piedrecitas blancas arrojadas á la superficie de la tierra, el cansancio, los años, las asechanzas del camino, la lucha con los elementos y, por último, el vértigo de aquella altura prodigiosa nublaron de nuevo su vista.

Y el peregrino sintió que todo se hundía ante él; dió un paso y un grito de angustia, y cayó, rompiéndose el cerebro contra los blancos muros del Santuario.

José MÁS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



NUESTRAS VISITAS

EL MAESTRO ARBÓS

El maestro sacó un estuchito gris de gamuza; del estuche un pequeño cepillo, y con una naturalidad muy francesa, incurrió en la coquetería de alisarse los cabellos: primero, la espesa y larga barba, con demasiados tallos blancos; después, el bigote, y, por último, la cabeza, cubierta de abundante pelo grisado. Campúa le hizo las advertencias de rigor:

—Un momento. Quieto. Así. Muy bien. Gracias, maestro.

El eminente músico volvió su atención á mí y, tras de mirarme á través de los gruesos cristales de sus gafas, exclamó:

—Ya hemos terminado con la parte artística; ahora dediquémonos á la información literaria.

Estábamos en el estudio que el gran maestro acaba de poner en el final de la calle Mayor. Es un nido de arte y de amor que está tocando al cielo. Cuando se asoma uno á sus balcones y otea la tierra, da la sensación de que se habita en una estrella. Hacía un frío espantoso, y nos agrupábamos en torno de la tarima buscando el calor de un brasero clásico que había en el centro de la galería.

La esposa del maestro se reía burlona de su frío y de sus constipados. A cada instante tenía una frase cariñosa para su marido, y sentada junto á él, le escuchaba silenciosa y le miraba con arrobó.

Esta dama es bella, joven, y tiene línea, distinción y acento franceses. Vestía con traje de terciopelo verde, que le daba á su cuerpo, lánguido y quebradizo, esbeltez de planta.

El maestro, á pesar de haber vivido media vida en el Extranjero, conserva su aspecto español neto. Todos le conocéis.

—¿Hace poco tiempo que se han casado ustedes?—comencé preguntando, para romper el hilo del silencio.

—Muy poco—contestó madame Arbós, sonriendo dulcemente.

—Un par de años—continuó el maestro.

—¿Se conocieron ustedes?

—En Londres. Aunque mi señora es bordelesa, el arte la había llevado á Londres.

—¿El arte?

—Sí; mi arpa—agregó la dama.

—¿Le gusta á usted España, señora?

—¡Oh! Mucho, mucho. Ya conozco casi toda; es deliciosa. No hay un rincón que carezca de personalidad y de arte.

—¿En qué lugar de España nació usted, maestro?

—En la calle de Lavapiés, de Madrid; ahora precisamente he cumplido años, porque nací durante la Nochebuena del 63. Vine á continuar la tradición artística de mi casa, porque mi padre, mi tío y mi abuelo fueron todos músicos mayores militares. Mi padre me enseñó muy joven el solfeo. Estando de guarnición en Valencia—apenas tendría yo seis años—me regalaron por Re-



El maestro Arbós ante el piano

yes un violín de juguete. Y aquel instrumento me emocionaba y enloquecía. En él empecé á tomar lecciones con un señor La Viña. Aquello me divertía mucho. Alentados por mis aptitudes, decidieron mis padres trasladarse á Madrid para ocuparse de mi educación musical y general. Al llegar aquí ingresé en el Conservatorio y estudié violín con Monasterio y armonía con Galiana. A los catorce años de edad había obtenido los primeros premios en ambas asignaturas y concluído la carrera. Monasterio, que me quería muchísimo, me presentó á la Infanta Isabel, y desde entonces, la noble señora no ha dejado de protegerme. No sería agradecido si no dijera que á ella le debo todo lo que soy.

—¿Cómo?—inquirí.

—Me asignó una pensión para estudiar en el Extranjero, y, acompañado de mi madre, me instalé en Bruselas. Allí estudié de nuevo el violín con el célebre Vieuxtemps, y composición con el director de aquel Conservatorio, monsieur Gevaert. En Bruselas permanecí cuatro años; gané el premio de excelencia en el Conservatorio, y me dí á conocer en conciertos importantes. Me encontraba allí muy á gusto; pero en esto llegó á Bruselas el célebre violinista Joachim; después de oírme, me propuso que me fuera con él á Berlín. Titubeé un instante y, al fin, me decidí. Marché á Bolm, ciudad del Rhin, donde me había dado cita el grandioso violinista, que se hallaba allí para asistir á las fiestas musicales que se estaban celebrando para glorificar el monumento á Schumann. Mi entrada en Alemania me causó una impresión inolvidable, porque, mire usted, allí, con Joachim, se hallaban congregados los maestros más célebres de la pasada generación alemana. Fui presentado á madame Schumann, la célebre pianista Clara Wieck; á Brahms, á von Bülow, Stephen He-

ller, etc. De allí marché á Berlín. Joachim me tomó tal cariño, que concluí por habitar en su propia casa. Eso me proporcionó el honor de tratar á todos los genios de la música alemana. Yo, amigo mío, he estrechado las manos y he conversado con Wagner, Liszt, Brahms, Anton Rubinstein, Davidoff, Sarasate y tantos otros. Créame usted que evoco con entusiasmo estos nombres gloriosos, y no puede por menos de parecerme un sueño que todos hayan sido mis amigos, pues ya me da la sensación de hablar de nombres de otros siglos. A los tres años de estudiar allí me presentó Joachim al público como solista en un concierto memorable de la Orquesta Filarmónica, en el cual se estrenó manuscrita la cuarta sinfonía de Brahms.

—¿Tuvo usted éxito?

—Muy grande. Al poco tiempo fui nombrado violín concertino de la Orquesta Filarmónica de Berlín. A los dos años pasé á Hamburgo, después de hacer oposición á la plaza de profesor de violín de aquel Conservatorio y primer violín del cuarteto de aquella capital.

—¿Y cuándo vino usted á Madrid?

—Por aquel entonces, precisamente, murió Monasterio, dejando vacante la plaza de profesor de nuestro Conservatorio; mis padres, que deseaban tenerme con ellos, me pidieron regresar á Madrid. Así lo hice, y gané dicha plaza por oposición. Permanecí aquí, en el Conservatorio, tres años, y fundamos la Sociedad de música de cámara con Tragó, Agudo, Gálvez y Rubio, y dimos sesiones en el Salón Romero. Murieron mis padres, y no teniendo amarras aquí, me entró la febrilidad de correr mundo, y marché á Inglaterra, en donde yo ya había hecho una tournée musical. Allí dí varios conciertos con Albéniz, y después toqué con Joachim en las famosas funciones populares de San James's Hall. Mi éxito estaba asegurado, y desde entonces no cesé de tocar como solista y como intérprete de música de cámara, en compañía de todas las celebridades europeas: Paderewsky, Sauer, D'Albert, Piatti, etc. Poco después fui nombrado profesor de violín y de música de cámara del Real Colegio de músicos de Londres. Y aquí viene una época de mi vida de enorme actividad. Viajé por todo el mundo; saboreé los aplausos de todos los públicos. Estando en los Estados Unidos recibí la invitación que se me hacía para ocupar el puesto de director de la Orquesta Sinfónica de Madrid. Acepté—de esto hace quince años—, y mi gestión al frente de la Sinfónica es de todos harto conocida. Cuarenta y cinco ó cincuenta conciertos al año entre Madrid y provincias. Con la Sinfónica fui á París y Burdeos, con un éxito realmente enorme y críticas admirables. Creo haber contribuído poderosamente al resurgimiento del arte sinfónico español, y he dado á conocer todas las obras más importantes de todas las escuelas antiguas y modernas existentes desde Bach hasta los extramo-

dernos rusos y franceses. De los españoles he tenido la suerte de presentar á Albéniz, Granados, Pérez Casas, Conrado del Campo, Esplá, Arregui, La Viña, Villar, Falla, Turina, Barrios, Usandizaga, Manrique de Lara y otros que no recuerdo; es decir, toda la joven escuela española.

—Y de composición, ¿qué ha hecho usted?

—Poco. Una ópera cómica titulada *El centro de la tierra*, varias piezas de violín, romanzas para canto y piano, y he transcrito, para orquesta, *Las Iberias*, de Albéniz.

—¿Cuántos idiomas habla usted, maestro?

—A la perfección, cinco.

—¿Cuándo y dónde fué la primera vez que tocó usted en público?

—En Madrid. Esto no se olvida jamás. En un concierto para la inauguración de la Sociedad de Escritores y Artistas, en el Teatro Español. Tenía yo ocho años.

—¿Cuál fué su profesor preferido?

—Joachim ha sido el que más influencia ejerció en mí, sobre todo como intérprete de los clásicos y de la música de cámara; pero no dudo en afirmar que casi como más he aprendido fué con la propia experiencia, enseñando, y á consecuencia del trato íntimo con todos los grandes artistas de todas las escuelas y nacionalidades.

—¿En qué país ha encontrado usted mejor retribuido el arte?

—En los Estados Unidos, en donde, por una temporada de seis meses como violín concertino, me dieron 50.000 francos y viajes pagados, y aparte todo el trabajo, espléndidamente retribuido, que yo tuve. También en Londres, en donde el sueldo de profesor del Conservatorio era de 15.000 pesetas.

—Su vida en Inglaterra, ¿le agradaba?

—Adorable. Deliciosa. Para mi gusto y mi carácter, es el sitio en donde más me gusta vivir. Me encuentro allí como en un baño de agua tibia.

—¿Cuál es la emoción más grande que ha experimentado usted en su vida?

El maestro meditó un momento, auscultando su corazón.

—Es difícil. Yo creo que ya lo he dicho. Mi

entrada en Alemania. Ver de cerca á los tan admirados maestros. Después, mi debut como violinista en Berlín.

—¿Toca usted el piano?

Hizo un gesto de indiferencia:

—Apenas—murmuró.

—¿Ante qué público le gusta á usted más hacer música?

—Parece lisonja; pero no lo es: en España; en toda España. En primer término, en Madrid y Barcelona. Creo que no he visto en ningún lado manifestaciones de entusiasmo tan grandes y sinceras como las de aquí. Sin embargo, yo, ante este público, lo confieso, siento miedo, mucho miedo. El público de Madrid es difícil de conquistar, y, además, hay que conquistarle cada vez. Las palmas de hoy no son ejecutoria para mañana; es preciso arrancar nuevas ovaciones.

—¿Cuál es su músico preferido para interpretar?

—Tengo la suerte, bastante rara, de que me gusta todo; todo lo bueno, se entiende. En esto me distingo de muchos de mis colegas, que están casi todos afiliados á una escuela. El fondo de mi educación, y quizá de mi simpatía, es clásico; pero he conocido tantos países y tantas escuelas, que puedo decir que me he identificado con cada uno de ellos, y, al interpretar, lo mismo siento la nobleza y la sobriedad de Bach, que me emocionan las exquisiteces del arte moderno francés y ruso.

—Y de la escuela española, ¿qué me dice usted? ¿Tenemos escuela propia?

—Escuela propia todavía no; ni sé hasta qué punto la podremos tener, pues el Arte no es más que Historia; una cadena donde cada compositor ha forjado su eslabón y para lo cual, á veces, se han necesitado siglos. Esto ha producido la forma clásica en Alemania y la ópera en Italia. Francia, con ser tan rica de compositores, no se puede decir que haya encontrado una cosa personal hasta el presente momento. Y, sin embargo, no se puede negar que ha realizado indudables conquistas en el terreno harmónico y en el orquestal. Y, aun esto, no les corresponde por completo, pues ellos se han inspirado en los rusos y los rusos en ellos. Lo mismo los compositores

españoles, que, según su temperamento, unos han seguido á los compositores italianos, otros á los clásicos alemanes y nuestra joven generación que aprovecha los elementos de las modernas escuelas francesa y rusa. Por eso encuentro injusto que á estos últimos—Albéniz, Falla, Turina—se les diga que su arte es francés. Las *Iberias*, de Albéniz; los *Nocturnos* y *El amor brujo*, de Falla; sus *Canciones populares* y *La procesión del Rocío*, de Turina, ¿no son españolas porque se presentan vestidas con el rico ropaje moderno, sea francés ó ruso?... Por ese camino, la mayoría de nuestra zarzuela antigua era italiana. ¡Bah! ¿Qué importa la forma ni el fondo si la idea, el ritmo, la atmósfera y el espíritu siguen siendo españoles?... Cuestión de más ó menos gusto en la manera de expresarlo; pero no cabe duda que hoy existe un verdadero renacimiento musical, y que hoy se habla aquí el *lenguaje* que emplea toda Europa musical.

—¿Piensa usted quedarse en España ó regresar á Inglaterra?

Arbós hizo un gesto de duda.

—¿Quién sabe!... ¿Qué artista es capaz de adivinar su vida futura? Por ahora me hallo bien aquí, en mi tierra.

—¿Qué le ha producido á usted el Arte?

—Dinero, no mucho; pero, en cambio, me ha proporcionado una gran vida de halagos y de felicidades. He vivido tanto, y tan bien, y tan intensamente, que no me cambiaría por nadie.

—¿En qué aspiraciones tiene usted fija la vista?

—Cuando estoy en plena serie de conciertos aspiro á dejarlos, y cuando no los tengo siento un deseo vehemente de tenerlos.

—¿Qué vicios le dominan, maestro?

—Me he vuelto muy bueno y ya no los tengo. Ya no me interesa más que mi Arte.

—¿Es usted feliz en la vida del hogar?

Arbós miró á su bella esposa; después exclamó lentamente, como saboreando las palabras:

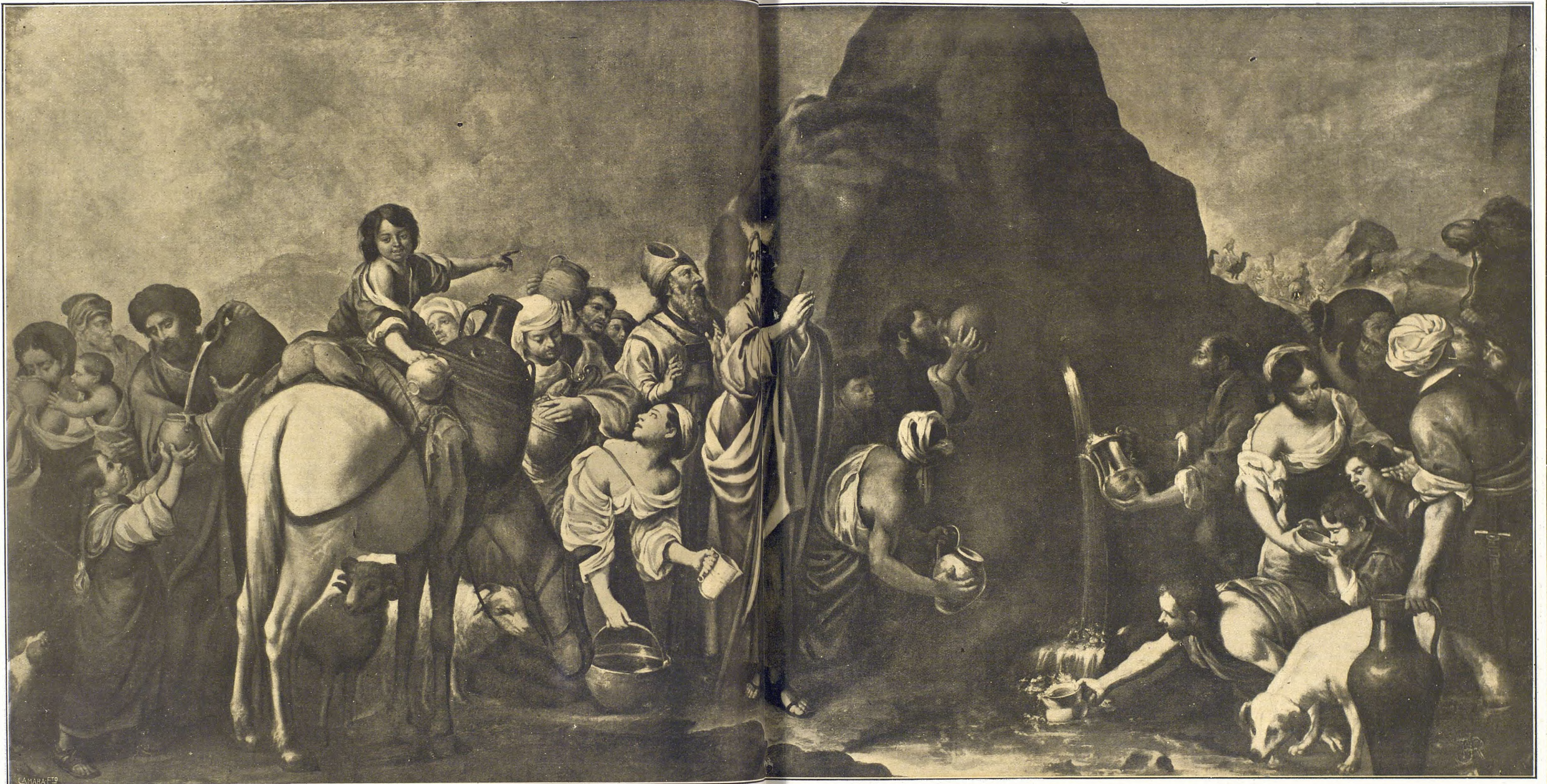
—Completamente. Lo que siento es no haberla conocido antes...

EL CABALLERO AUDAZ



El maestro Arbós y su esposa en uno de los gabinetes de su casa

FOTS. CAMPÚA



“Moisés haciendo brotar el agua de una peña para que beban los peregrinos”, cuadro que se conserva en el Hospicio de Sevilla

Aún vibraba con sones soberanos el cántico que el profeta hebreo, el de los ojos milagrosos y la barba florida, había compuesto en acción de gracias al Señor después que el grande ejército de Faraón, persiguiendo á los hijos de Israel, pereció en el Mar Rojo. Todavía las inquietas aguas parecían estremecerse bajo el signo de la mano de Moisés, prestas otra vez á abrirse en dos mitades, como una boca de fauces quiméricas, para ocultar en su abismo á los perseguidores del pueblo fiel. Y los corazones de los israelitas palpitaban de gozo, dominados por la grandeza del milagro que se operó en un instante por intercesión del sabio legislador de Gesén. Los israelitas iban dejando á su espalda las aguas del mar, y sus ojos seguían buscando la tierra propicia donde habían de ofrecer sus sacrificios al Señor. El éxodo era penoso, y los hombres, las mujeres y los niños sentían la fatiga del largo camino. Tres días anduvieron por la soledad sin hallar agua con que apagar la sed. En Mara descubrieron algunos manantiales que les brindaban la fresca caricia necesaria á sus labios; pero las aguas eran amargas, y las bocas sedientas las rechazaban como si se tratara de un veneno. Moisés pudo obrar un nuevo milagro: echó en las aguas un madero y se endulzaron repentinamente.

Continuaron los hebreos su camino, y otra vez la tierra ingrata les brindó sus tormentos. Ardientes los pechos, secos los labios, hombres, niños y mujeres languidecían bajo la fatiga, más fuerte y más dolorosa por la sed. Ni un río cruzaba el suelo con sus venas azules; ni un manantial cantaba con deliciosa música entre peñas; ni un regato deslizaba su corriente oculta entre la hierba. Y así llegaron á Rafidim... Pero Moisés, por orden del Señor, se adelantó á su pueblo, llevando junto á él algunos de los ancianos, en la mano la vara patriarcal y milagrosa. Ante la peña de Horeb se detuvo; la contempló con mirada serena y penetrante, y, obedeciendo los misteriosos designios, descargó un golpe con la vara. Un raudal cristalino brotó de pronto, estremeciendo de gozo todos los corazones. Y los labios sedientos y abrasados pudieron aplacar su sed, dando á los cuerpos nueva energía y á las almas más fortaleza. Y pudo el pueblo tener fuerzas para oponerse á los amalecitas, mientras Moisés, enhiesto sobre la alta cima del monte, con Hur y con Aarón, obraba otro milagro, que dió á Josué la victoria sobre Amalec. Murillo llevó al lienzo el milagroso episodio de Moisés hiriendo con su vara la piedra de Horeb y haciendo brotar agua con que aplacar la angustiada sed de su pueblo.

SATANÁS LO QUISO

ERA bueno, bonísimo, casi un santo. Humilde, misericordioso, distanciado de todos los caciques, protector de cuantos acudían á él en demanda de auxilios espirituales terrenos. Ocho lustros transcurrieron sin que don Martín ni un solo día dejara de ejercer su misión sacerdotal en aquella iglesuca pueblerina. Muy fuerte aún, don Martín se burlaba de los mozallones enclenques de la nueva generación. Don Martín no precisó jamás, en tan largo tiempo, el auxilio de ninguno de los tres médicos que desfilaron por allí. Uno de los galenos, en cambio, sí que precisó ser auxiliado por don Martín en momentos de agonía. Y el cura siempre tan rollizo, tan jovial, tan infantil. Por que tenía mucho de infantil aquel anciano bonachón, al que ya en plena senectud intentó perder el demonio, disfrazado de secretario de Ayuntamiento.

El demonio, es decir, el secretario del Municipio, en aquel mes de Julio achicharrante, se había permitido el lujo de tomar el tren y marchar unos días á San Sebastián con billete de ida y vuelta. ¡Lo que volvió contando el hombre! Allí en la tertulia nocturna del boticario, á la que asiduamente concurría don Martín, era donde el secretario dejaba boquiabiertos á sus oyentes:

—Nada, señores. Venir al mundo y morirse sin haber pasado unos días en San Sebastián, resulta intolerable. No puede existir capital más hermosa que la de Guipúzcoa. ¿Barcelona? ¡Quiá! ¿Madrid? Menos. Ni París, ni Londres, ni Berlín, ni Buenos Aires. San Sebastián no es comparable con ninguna otra población. ¡Qué Monte Igueldo! ¡Qué bahía de la Concha! Pues ¿y Ulía? ¿Y aquel casinazo con su terraza espléndida llena de mujeres guapas? ¿Y aquel boulevard maravilloso mientras toca la música? ¿Y aquella Zurriola, verdadero balcón del Cantábrico, que mete en los pulmones, con el aire sano del mar, ráfagas de vida? Y luego, gracias á los billetes de ida y vuelta, ¡se puede conocer San Sebastián con tan poco dinero! Les aseguro á ustedes que nadie se debe morir sin haber pasado unas horas en San Sebastián.

Este último consejo del secretario había conseguido aguijonear el espíritu de don Martín. ¡Morirse sin pasar unas horas en San Sebastián! Y fué una obsesión quemante, martirizadora, demoníaca que dominó desde aquel instante al pobre cura. Luchaban con la voluntad de éste dos sentimientos encontrados. Esgrimido por el genio del mal era el que á la voluntad de don Martín acorralaba, diciendo: «Permitete ese único capricho de tu vida. Cuarenta años sin salir de este pueblo. Aprovecha la ocasión de que va á venir á pasar unos días en el pueblo mosén Juan, el hermano del alcalde. Por cuatro días podrá substituirte. Dices que para un asunto urgente vas á Burgos por cuatro días. Y en Burgos tomas un billete de ida y vuelta, y allá, á pasar cuarenta y ocho horas en San Sebastián. No quieras morirte sin conocer las maravillas



que vió el secretario. Gasta parte de tus ahorrillos en darte ese gustazo. ¿Para qué los guardas si no tienes á nadie en el mundo, y demasiadas limosnas haces para que puedas absolverte por un pequeño despilfarro?»

Y don Martín vacilaba sacudido implacablemente por el tentador espíritu. ¡Oh! ¡Si se enteran en el pueblo de que él iba á San Sebastián! ¡Si lo supiera el obispo de la diócesis! ¡Si en aquellos cuatro días le ocurriera lo que no le había ocurrido jamás: ponerse enfermo! ¡Bah! Cuatro días se pasaban tan pronto...

Y triunfó el diablejo incitador, y don Martín fué á Burgos y tomó billete de ida y vuelta para San Sebastián, y horas después el cura pueblerino pisaba los andenes de la estación donostiarra. Pronto se vió instalado en un hotel de la calle de Fuenterrabía, hospedaje recomendado por un compañero de tren. Precisaba don Martín aprovechar bien las horas. Se permitió el dis-

pendio de tomar un coche. Subió á Igueldo por la mañana, y á Ulía por la tarde, y respiró anchamente al atardecer en el mirador de la Zurriola. Y ya anochecido, al retirarse al hotel, pensaba en la razón que asistía al secretario del pueblo ponderando las bellezas de San Sebastián. Don Martín cenó con extraordinario apetito. ¡Aquéllos sí que eran manjares! ¡Si los supiese condimentar en el pueblo la Blasa! No tardó en desear el reposo. Estaba rendido. Se dirigió hacia su habitación. Era ésta de reducidas proporciones, con dos camas y un armario de luna. Don Martín, presintiendo que el cansancio y el sueño le rendirían aquella noche prontamente, había silabeado las diarias preces mientras paseaba por la Zurriola. Tardó tan sólo unos minutos en acostarse. Apagó la luz. No obstante, quedó débilmente alumbrado el cuarto. Por el montante del cristal penetraba la luz del pasillo.

Y en aquel instante, cuando don Martín buscaba en el lecho la más cómoda postura, sintió un atenzamiento en el corazón. Allí, en el espejo del armario, lo había visto. Debajo de la otra cama se ocultaba un hombre. Dios, divino Dios, ¿qué hacer? ¿Chillar y dar la luz? Pero si don Martín se había quedado con la lengua temblona y los brazos hormigueantes de pavor. Si chillaba, ¿qué no podía ocurrirle? Que el ladrón le asesinara ó que el escandalazo fuera enorme. Acudió en su auxilio el consejo providencial. El hombre aquél sólo esperaría el sueño del viajero para robar y huir. Y don Martín, bravamente, simuló un ronquido, permaneciendo con los ojos entornados para ver lo que sucedía. Y sucedió lo esperado. El ladrón, confiado ya, salió de su escondite con suavidad gatuna. Iba descalzo. Siempre receloso, se aproximó á las ropas que había dejado el cura colgadas en la percha. ¡Oh! ¡Cómo roncó en aquel minuto de amargura el pobre don Martín! Un minuto después la cartera del cura, con tres hermosos billetes de cien pesetas, se hundía en el bolsillo del ladrón. Este se aproximó á la mesa. Se hallaba allí el devocionario. Y el ratero lo desdénó, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta, que entreabrió desapareciendo al percatarse de la soledad del pasillo.

Y entonces fué cuando don Martín saltó del lecho y dió la luz, y después de coger el devocionario, prosternóse á los pies del lecho, murmurando:

—Gracias, Dios mío, gracias. Bien merecido tuve el castigo por no haber sabido vencer á la tentación del viaje. Y gracias, Dios mío, por permitirme que en el primer tren regrese á mi iglesia con vida y sin escándalo.

Y don Martín besaba el devocionario, donde, providencialmente, había metido horas antes dos billetes: el del ferrocarril y uno de cinco duros, con el que podría pagar al hostalero.

BENIGNO VARELA

DIBUJO DE ECHEA

EVOCACIONES DE GALICIA

El invierno del ciego cantor



DIBUJO DE CASTILAO

¿Qué es de estos ciegos de romería al caer las primeras lluvias invernales?... Todo el verdor de la tierna Galicia luce al sol primaveral; la flor de la manzanilla tiembla en los prados y el oro de los tojos se abre en el monte bravo donde el pinar canta gravemente, como con una contenida alegría. Las gentes aldeanas se han reunido en un domingo luminoso para festejar el Santo Patrón. De no se sabe dónde, llegó el ciego de la zampoña ó el ciego del violín que el uso destiñó é hizo bicorde. Apareció en el soto con su lazarillo. El fresco viento inflaba su enorme capa, que era un gran manchón de sepia sobre el camino, como si el viento, más que el lazarillo, le guiase misteriosamente. Ya en el soto, bajo las alas caídas de su sombrero, él es como un viejo Pan disfrazado que acudiese á presidir la fiesta. Todo es malicia en él: malicia en los ojos que no ven, malicia en la boca desdentada, malicia en los surcos rugosos de su piel y en los sones de su instrumento; una malicia reidora en la que hay una amplia comprensión del vivir. Sus coplas siempre son alegres. Nunca un ciego coplero de romería gallega rascaré el violín para cantar una congoja. Su musa es como una moza aldeana vestida de colorines, que, á lo mejor, al saltar un vallado ó al subir á un cerezo, puso en la inocencia del paisaje la tilde de sus piernas robustas descubiertas por la zarza espinosa ó por la rama engalanada de rubíes.

Su facundia no se agota jamás. Es un poeta al que la vejez dió, como al buen vino, generosidad y alegría. Tiene la intuición milagrosa de la rima y del sentimiento; es socarrón. Antes de acercarse al grupo, el lazarillo le ha dado unas breves noticias de las personas, y al oírle comentar la hermosura de las rapazas ó el amartelamiento de las parejas, al advertir cómo alude al «refaixo marelo» ó al «pano bermello» de la moza garrida, se piensa en que tras los párpados deprimidos ó tras aquellos ojos turbios y sin luz, hay otros ojos sagaces que pueden ver los colores y las almas. Acaso por eso tiene él una constante sonrisa maliciosa.

Después, junto á la chimenea, de la que pende

el pote ventrudo, las historias del viejo son las que lucen una agudeza mayor. Antes de ir á tenderse en el pajar, ha hecho reír grandemente á la mocería, y sus pullas fueron y vinieron por la penumbrosa «lareira» como avispas que tuviesen alas de mariposa.

Pasó la primavera; pasó el verano... El ciego recorrió los caminos que llevan á la Virgen de la Rosa y los más largos que conducen á San Andrés de Teixido á los buenos cristianos, y los que pasan junto á la iglesia de Santa Eufemia—tantas veces turbados en su tranquilidad eglógica por los gritos de los posesos—y los que guían

hasta el santuario de la Pastoriza, la Virgen buena para los marineros en peligro...; y las notas de su violín se han incorporado al rumor de muchos pinares, y á la puerta de muchas chozas sonó su voz cuando todo era silencio bajo la paz del estío y brotaba humo azul entre las tejas y un buey asomaba el solemne testuz sobre la media puerta de la casita, con un hilo de baba y un hilo de hierba en el belfo...

Y vinieron las lluvias. Todo el cielo se tornó gris; el blando algodón de las nubes acarició los pechos de las montañas; cambió de matiz el verdor de los campos; surcos de plata corren por las carreteras, y algunos hondos caminos de carro son arroyuelos turbios; la tierra de los sembrados se adhiere á la azada, como una masa pegajosa, y el aleteo del gavilán inmóvil en el aire parece ser de aterimiento. ¿Dónde está entonces el viejo de las coplas risueñas?... Nadie lo sabe. Su voz calló repentinamente, y la huella de sus zuecos no se ve en el lodo de ningún camino. ¿Dónde está?... Hemos pensado muchas veces...; acaso en la ladera por la que parecen subir los castaños, ó en el valle hecho como de retazos de telas de distinto color, en la casita morena en cuyo hogar se quema el tojo, la casita que tiene un hórreo amplio y sobre el hórreo un gallo y una cruz, y de cuyo alpende caen hasta el suelo—como una cortina de abalorios de cristal—muchos hilos de agua de lluvia... Allí, junto á las ascuas, patriarcal, feliz, envuelto en su gran capa oscura, debe estar el ciego de las coplas. Se ahuma la carne de la mataiza de San Martiño en la chimenea; hay por todas partes, en las repisas, en los muebles, manzanas que son como un motivo decorativo; el buen vino del Avia, casi morado, ha teñido un cuenco... Cuando cae la tarde se oye la voz del lazarillo que hostiga unas vacas doradas y lentas que regresan...

Y el coplero calla y sonrío porque acaba de hallar una nueva cadencia para sus coplas en la cadencia con que cae la lluvia sobre todo el tierno verdor de Galicia.



SORTILEGIO

En las noches negras, cuando los labriegos duermen sobre el lecho de hojarasca y lino, los trágicos lobos, por las iras ciegos, pasan como sombras cerca del camino.

¡Oh, las noches luengas, llenas de dolores!
¡oh, las noches tristes, lentas y calladas,
de horror y de sombras, en que los pastores
temen de los lobos á las dentelladas!

Fulgen sus rodelas como puntos rojos
tras de los zarzales y los verdes tojos
que se yerguen, fuertes, sobre la maleza.

Noches donde pone la Negrura el manto
de sus negras sombras... ¡Sólo se oye el canto
de un buho, que canta su vieja tristeza!

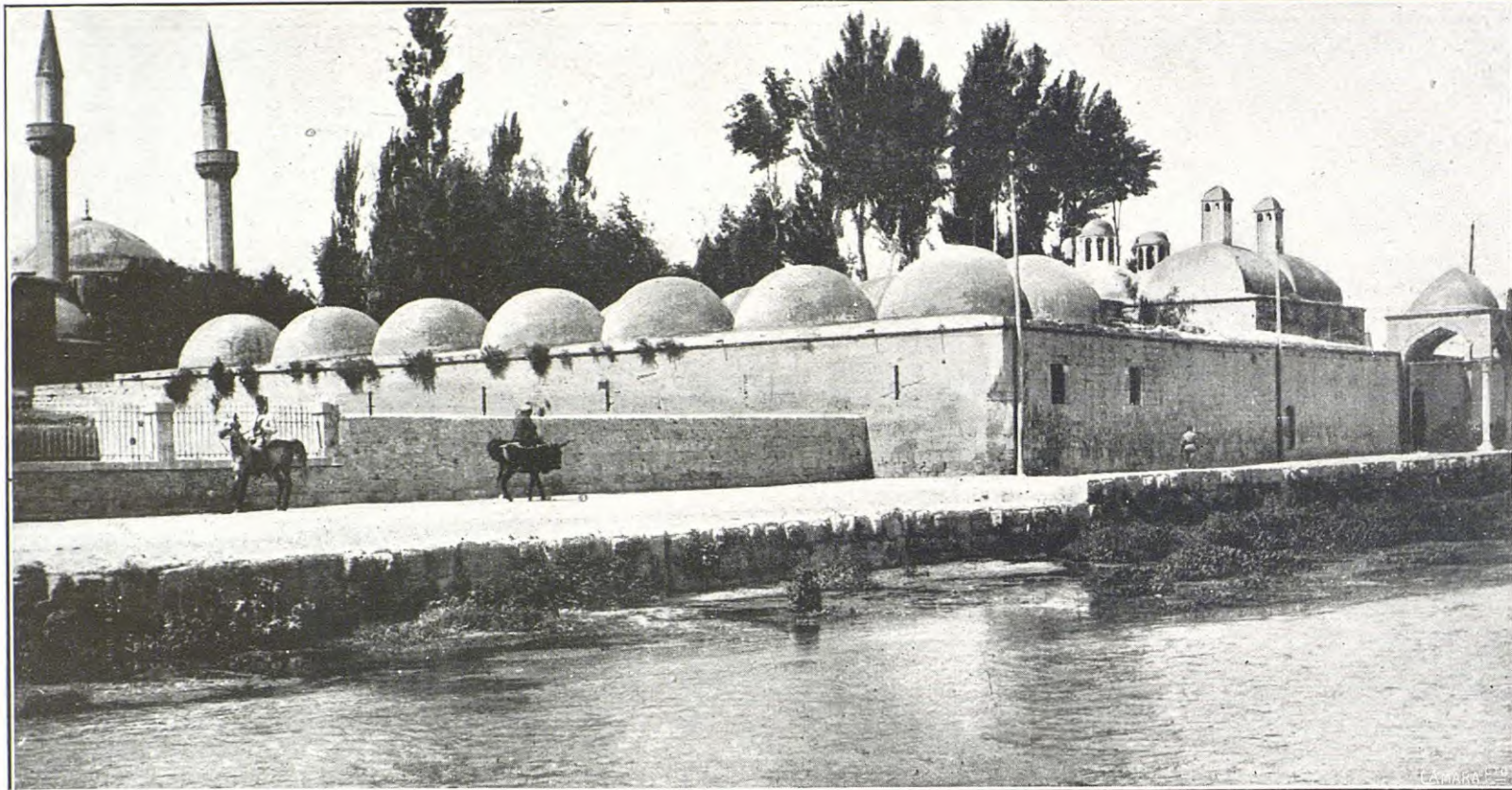
XAVIER BOVEDA



WENCESLAO FERNÁNDEZ-FLÓREZ

AMENAZAS DE LA GUERRA

ADORANDO A BAAL



Barrio de los derviches, en Damas, donde reposan los peregrinos que van á la Meca

Hay un libro de Renán poco conocido en España. Es un precursor de otros estudios suyos que lograron gran fama y que acaso obscurecieron las primeras iniciaciones de los viajes del gran escritor en Siria y Mesopotamia. En este libro nos habla Renán de las ruinas sorprendentes de Baalbeck. Su emoción ante aquellas piedras, consagradas por todas las idolatrías, es honda y sincera. El dolor humano ha estado allí siglos y siglos postrado de hinojos y sollozando ante el misterio de lo sobrenatural y de lo eterno. Renán ve surgir la ciudad rica y poderosa de Siria, la ve estremecerse con todas las conmociones del mundo antiguo, escucha en ella las viejas tradiciones que cuentan los hechos de los pueblos comarcanos que fueron, de Fenicia osada, de Egipto soberbio, de la India exaltada...

Queda allí la memoria del culto de Baal: una memoria vaga y confusa, imprecisa y atrayente. No se sabe bien cómo se adoraba al trágico dios de Asiria, de Sidón y de Tiro. Su idealidad y su mito sugestionaban de tal modo, que el pueblo hebreo, abandonando el culto de Jehová, cayó varias veces en esta idolatría. Es el señor, es el dueño, es el fecundador de todo y el creador de todo. Le adoran los madianitas, los amalecitas, los amonitas, los filisteos y los cartagineses. En muchos pueblos lo confunden y amalgaman con otros dioses que ya tenían, y de Saturno y de Hércules y de Hadad y de Moloc hacen un nuevo Baal. Su culto era una orgía de lujuria y de sangre; en unos lugares es el dios de la Fecundidad, y todos los libertinajes se desatan ante sus altares; en otros sitios es el dios del Odio, el dios guerrero que ansía exterminar á los pueblos enemigos. Aquí Baal es insaciable de sangre humana: dió ejemplo él mismo, sacrificando á su propio hijo Jend para redimir al género humano. Así, se inmola ante él á los prisioneros capturados en las batallas, y cuando no los hay, los padres dan sus hijos,

para que perezcan ante el ídolo. En Cartago hay una monumental efigie de Baal con sus cuatro alas. Tiene el busto hueco y dispuesto de modo que sirve de horno crematorio. En una ocasión perecieron allí trescientos niños nobles. En la cercana Siracusa, tan culta, tan intelectual, tan artista, se produjo aquel grito de horror, que fué, en realidad, la sentencia de muerte de Cartago.

Y Renán ve surgir todo este espantable drama del espíritu de la Antigüedad en aquellas ruinas de Baalbeck. ¿Dónde estuvo el templo de este dios trágico? No se sabe. Los arqueólogos, siguiendo la traza de los cimientos, donde aún quedan enormes bloques de mármol, han reconstituido los planos de la ciudad alta, de la ciudad religiosa. Dentro de su cerco de murallas se mezclan las construcciones primitivas con otras romanas, árabes y bizantinas. Allí estuvo el templo de Júpiter, allí otro de Baco, y entre las piscinas, que acaso existieran antes de Constantino y de Teodosio y formaran parte de un culto olvidado, está la Iglesia cristiana. Las fieras invasiones de los moros de Alepo y de los mogoles de Hulagu, y aun incursiones de los cristianos, arrasaron las soberbias construcciones, de las que apenas quedó nada, después de unos terremotos del siglo XVIII.

Renán quiere interrogar á estas seis columnas que en un milagro de equilibrio parecen desafiar al tiempo. Sois—les dice—los únicos restos del Gran Templo. Vosotras presenciasteis cómo Roma trajo aquí sus dioses helenos y ahuyentó á los dioses asirios que aquí se adoraban; pero, ¿no sabéis de una huella, de un signo de aquellos cultos anteriores? ¿El Baal que aquí se adoraba era el lascivo de Sidón ó el sanguinario de Cartago? ¿Era el Sol ó era Hércules? ¿Era la luz ó era la fuerza?

La furia ciega del terremoto ha zandeado de tal modo estas piedras, que aparecen en el suelo confundidas y mezcladas las del templo de Baco y las del templo de Júpiter con las de



Las ruinas del Gran Templo de Baalbeck, cerca de Damas

la basílica cristiana y las de los baños bizantinos. Las murallas exteriores han arrojado también sobre estos montones sus recios sillares.

A la derecha, en el fondo del valle, un poco alejados de la misera aldea á que ha venido á quedar reducida la gran ciudad asiria, se alzan unas pintorescas casitas de moros y judíos ricos; algún inglés extravagante ha hecho aquí su nidal. Parecen casas europeas, donde apenas en una puerta ó un ajiemez se advierte un reflejo del arte musulmán.

Las hay, cuya entrada es exactamente igual á las de muchas casas de campo andaluzas; dos cuerpos de piso bajo unidos por el tejado ó la azotea del amplio zaguan. Cuando Renán recorrió estos lugares era penoso andar por ellos. Desde que se pasaba la Porta Cilicea, el puente romano y la calzada que son la única entrada practicable del Tauro, el viandante había de sufrir toda escasez y toda incomodidad. A lomos de un bravo caballejo había de recorrer senderos mal trazados, pedregales solitarios, aldeas hostiles; hoy se puede tomar un billete de ferrocarril é ir tranquilamente á la Meca ó á Bagdad. Al paso, en lugar de la deriveria ó caravanera donde reposaban los peregrinos y los trajinantes moros, se encuentran hoteles regulares, donde el genio francés os hace tolerables la mesa y la cama. Acaso, todos os viajes de Renán hayan venido á parar en



Peregrinos dirigiéndose á Damas

está penetración pacífica que realizan el *maitre d'hotel*, el cocinero y el intérprete.

La guerra, con su ira de demonio tentacular, ha extendido hasta esta dormida región sus estragos. Tan importante como tomar Ipres ó Verdun, Metz ó Estrasburgo, parece que es apoderarse de Bagdad, de Damasco ó de Baalbeck. Ya no vienen viajeros curiosos ni codiciosos viajantes; ya las peregrinaciones á la Meca han quedado reducidas á grupos familiares; se cie-

tes; estas columnas altivas que quedan del templo de Júpiter serán segadas por la metralla como débiles cañas de trigo. Todo será arrasado. Si Renán resucitara, no podría seguir las huellas del espíritu humano á través de sus idolatrías... ¡La Civilización las está substituyendo por los embudos que producen los modernos proyectiles de la artillería!

MÍNIMO ESPAÑOL



Ruinas de los antiguos templos de Baalbeck, cerca de Damas

ROMANCE DE LA ZAGALA



*Zagalica, ten cuidado
por las sendas que caminas,
que está solitario el monte
y cayó nieve en las cimas.*

*Ten cuidado, ten cuidado,
que son muy cortos los días,
y las sombras traicioneras
gustan de las zagalicas.*

*Si al soto vas ó al molino,
andarás siempre de prisa,
para tornar á tu casa
sin que la noche te siga,
porque las noches de invierno
son traidoras y asesinas,
y en vez de ensueños galanos*

traen asechanzas malignas.

*Ya no hay en los bosques hadas
como aquellas bendecidas
de los años infantiles
de que te habló la abuelita.*

*No hay príncipes como aquellos
de reinos de fantasía,
que en brillante cabalgata
de corceles y jaurías
atronaban los espacios
con sones de montería;
ni en las fuentes encantadas
trémulos ciervos se miran,
con los ijares heridos
por una flecha perdida:*

*ni unos enanos barbudos,
patizambos y egoístas
amontonan sus riquezas
de topacios y amatistas
en el fondo misterioso
de una gruta cristalina.*

*Ahora hace frío en el monte
y están nevadas las cimas,
encharcados los caminos
y las tierras ateridas.*

*Desde la cumbre, los lobos
en manadas se avecinan
y en las sendas solitarias
hambrientos celan y atisban.*

Si al monte vas, ten cuidado.

*torna presto, zagalica,
y al amor de los tizones
de tu casa campesina
recuerda viejas historias
y romances y cantigas
de príncipes fabulosos
y doradas infantinas.*

*Mira que el viento de invierno
todas las flores marchita,
y tú eres como una rosa
de Abril, recién florecida.*

José MONTERO

FOT. BUERBA

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



SAN BERNARDO, fragmento de un cuadro de Murillo, que se conserva en el Museo del Prado

DESDE PARÍS

Baudelaire bailado □ El ocaso de Lavallière □ Gaby, la divina

HAN leído ustedes á Baudelaire?... ¿Recuerdan, entonces, cuán difícil es leer al gran poeta, y que es casi imposible leerle bien?... Hay, sin embargo, algo más difícil: es recitarle... Y hay algo que parecería del todo imposible, si no fuera ya un hecho: este algo es nada menos que cantar... y bailar las estrofas del atormentado visionario de *Las flores del mal*.

Todas estas dificultades, todas estas imposibilidades no han arredrado á Regina Flory; y Regina Flory canta y baila—*grand Dieu!*—al propio Baudelaire...

La sutil, la ingrátida bailarina que pudiera enseñar las artes de la seducción y del encanto á Salomé rediviva; la ingrátida, la sutil bailarina, nos llega de Londres—última ciudad del mundo que se divierte—con esta novedad: ¡Baudelaire bailado!...

Si el poeta alzara la cabeza, y de nuevo asomara su dolor fugitivo al eterno dolor de la vida, á buen seguro que ante Regina Flory podría murmurar tristemente, dulcemente, voluptuosamente aquella *Canción de la tarde*, que fué su canto postrero de ilusión:

«Le désert et la forêt
Embaument tes tresses rudes,
Ta tête à les attitudes
De l'enigme et du secret.
Sur ta chair le parfum rôde
Comme autour d'un encensoir;
Tu charmes comme le soir,
Nymphé ténébreuse et chaude.
Ah, les philtres les plus forts
Ne valent pas ta paresse,
Et tu connais la caresse
Qui fait revivre les morts!
Sous tes souliers de satin,
Sous tes charmants pieds de soie,
Moi, je mets ma grande joie,
Mon génie et mon destin:
Mon âme par toi guérie...
Par toi, lumière et couleur!
Explosion de chaleur
Dans ma noire Sibérie...»



Regina Flory, que "baila" á Baudelaire

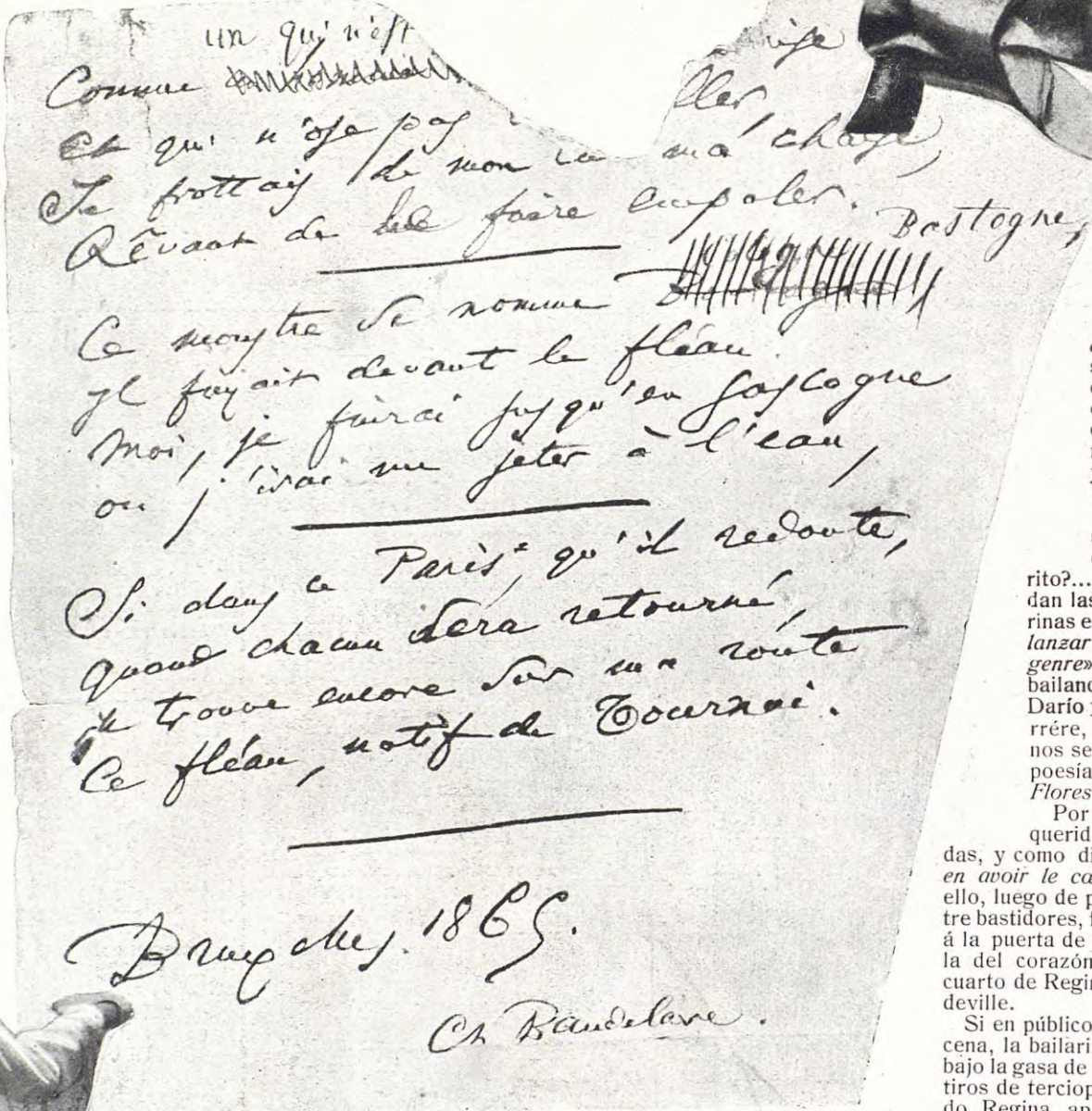
Y tal vez el gran melancólico sonreiría, pese á su pesar, viendo á Regina—envuelta, tan sólo, en leve gasa de plata, sobre la que corren en pagano friso negros sátiros de terciopelo—cubrirse el rostro con el aleve abanico de sus dedos apartados, y así, con timidez que hace más dura la provocación, declararnos con música del vals *Nupcial*:

«Le livre que je préfère,
Je rougis de l'dire tout haut...»

En llegando á este punto, Regina vacila... ¿Cuál será el libro que Regina prefiere?... ¿Acaso un galante almanaque del siglo XVIII?... ¿Quizá una novela de Bourget?...

Nada de eso... El libro que ama, sobre todos los libros, Regina Flory, es *Les fleurs du mal*, de Baudelaire.

Para confirmarnos, y aun razonarnos, esta abra-cadabrante referencia, Regina sigue cantando:



Una cuartilla de "Las flores del mal", escrita y firmada por Baudelaire

«Toujours la femme en les lisant
Est prise d'un frisson grisant...
Et dans le lit conjugal
Gentilment, jusqu'au jour,
On relit *Les fleurs du mal*
Pour cueillir la fleur d'amour...
Relisons ce livre affolant!
Ce Baudelaire
Quelle affaire!...»

¡Así, como suena!... *Ce Baudelaire, quelle affaire!* Pero aún hay más... Regina prosigue:

«Achetez vite un exemplaire,
O gentil amoureux!
Du chef d'œuvre de Baudelaire.
Dans ce livre extraordinaire
Je trouve le moyen,
Le moyen de toujours plaire...»



BAUDELAIRE

Luego de esto, unos pasos de baile, el perverso ondular de un cuerpo todo nácar y rosas, y el «número» termina...

¿Qué piensan ustedes de este número?... ¿A qué aguardan las bellas bailarinas españolas para lanzar el «nouveau genre», cantando y bailando á Rubén Darío y á Emilio Carrère, nuestros divinos sembradores de poesía florecida con *Flores del mal*?

Por mi cuenta, he querido salir de dudas, y como dicen por acá, *en avoir le cœur net*. Para ello, luego de peregrinar entre bastidores, fuíme á llamar á la puerta de oro que no es la del corazón, sino la del cuarto de Regina, en el Vau-deville.

Si en público, sobre la escena, la bailarina se desviste bajo la gasa de plata y los sátiros de terciopelo, en privado Regina aparece vestida con un *pyjama* y una almendra de diamante... Desnuda, y á toda luz, la piedra brilla con menos esplendor que la hermosura de la mujer, velada un punto por la seda...

Regina no está satisfecha de su público de París, que, al decir de la artista, muestra una terrible falta de cultura.

—Aquí—dice la Salomé que osó á Baudelaire—aplauden cualquier gracia, cualquier *jeu de mots*, digno de una tertulia de palafreneros... En cambio, no comprenden, no sienten á Baudelaire... Por ello, en general, paso de prisa sobre las estrofas del poeta, é insisto sobre las mías:

«Toujours la femme, en les lisant,
Est prise d'un frisson grisant...»



Regina Flory



Gaby Deslys

...y bailo, bailo mucho, porque la belleza plástica está al alcance de todas las comprensiones, lo que no ocurre con la belleza espiritual... Por lo demás, acabo pronto en París, y vuelvo á Londres... De allí, iré á Nueva York... Prefiero aquellos públicos... Son más inteligentes...

Escéptico, yo inquiero:

—¿Cree usted?...

Ella, Salomé, afirma:

—¡Oh, sin duda alguna!... Me escuchan religiosamente...

—Eso no significa que comprendan, Regina. Y quizá, por lo contrario, esa religiosidad sea la mejor prueba de que no comprenden absolutamente nada...

Pero Regina no cuida ya de mi argumentación, porque alzando de un diván próximo la transparente túnica de plata, que es rayo de luna en el que danzan los negros sátiros del deseo, me pregunta con súbito, real interés:

—¿Qué piensa de mi vestido?...

—¡Una maravilla, Regina!...

Y, para mí, murmuro involuntariamente, porque le reza mi espíritu, aquel último canto de ilusión de Baudelaire:

«Sur ta chair le parfum rôde
Comme autour d'un encensoir...»

Oyéndome, Regina exclama:
—Ah, quelle affaire!

ooo

Eva Lavallière... ¿Recuerdan ustedes á Eva Lavallière? Tenía Eva—¿hacia qué años, Señor, de nuestra perdida juventud?— las más brujas pupilas y los más rojos cabellos del mundo... Pero hace de eso mucho, mucho tiempo... Era cuando Rostand componía versos tolerables, y cuando Loti escribía novelas interesan-



Eva Lavallière

tes.. Eva Lavallière vive aún... Rostand y Loti también... Pero más perspicaz, como mujer, Lavallière se retira, aunque tarde. Rostand y Loti siguen—¡ay!—escribiendo... Eva Lavallière entra en el claustro, y es fama que su hábito será el del Carmen. Entretanto, la eclipsada estrella, que un tiempo fué lucero en el cielo de París, se despide de sus amigos y de sus cronistas en la cocina de la que fué residencia suya, en los Campos Elíseos. En la cocina, sí..., porque Lavallière ha vendido todo: muebles, tapices, joyas, vestidos...

Eva sabe que lo más difícil, para una comedianta, no es aparecer sobre la escena, sino desaparecer de ella. Para llegar, soplan vientos favorables: juventud, belleza, novedad, frescura de la gracia ó del talento... ¡Pero para marchar!... Para marchar, todo es contrario: vejez, marchitos encantos, hastío de las gentes, agostamiento de toda florescencia espiritual...

ooo

Si Lavallière se va, Gaby, la divina Gaby, vuelve. Allá, en el desierto aurífero de Norte América, Gaby encontró tesoros de leyenda: cheques de millones, glaciares de diamantes, nubes de perlas, montañas de esmeraldas... Y rica, fabulosamente, y bella, inmarcesiblemente, la divina Gaby nos vuelve... ¡Dios sea loado! ¡Lástima que, con sus tesoros, Gaby no haya podido traerse también las margaritas de arte y de gracia que lamentablemente arrojó á los hombres de Boston, de San Francisco y de Nueva York!

ANTONIO G. DE LINARES

LA SOMBRA MILAGROSA



HABÍA una vez un hombre tan santo, que admirados los ángeles del cielo bajaron á verle. Bajaron á ver cómo en la tierra era posible que criatura humana se asemejara tanto á la naturaleza angélica.

Su figura era serena como una noche estrellada de Julio. Un aura invisible difundía á su alrededor la virtud, como un perfume, como un sonido del espíritu.

Pasaba la vida en un andar silente, inadvertido del mundo. No hacía cosas extraordinarias, no obraba milagros, no atraía la atención de las gentes por la fama de asombrosas penitencias, por la aureola de admirable contemplación. Vivía en olor de santidad, de tal manera, que más se sentía en las alturas de la gloria que en las bajezas de la tierra.

Su vida era canción, y en ella alzaba su vuelo su alma ingenua, como en la luz del alba la alondra mañanera. Como la alondra que llega todos los años á Escandinavia el día de la Purificación, y salen de sus casas los viejos daneses á oír cantar al pequeño «apóstol gris»: *alegría, alegría*, con que les anuncia el retorno de la primavera. Los poetas filósofos de Dinamarca han escrito páginas de encanto dedicadas á ensalzar el «sermón de la alondra». Y dicen que el apóstol de los aires, que todos los años abandona los amables países del Mediodía donde luce el sol, para volar al Norte, donde la tierra está helada, el viento es áspero, la noche es muy larga, lo hace, sin duda, buscando una región donde «sea un mérito el estar alegre...»

Así era el santo aquel que admiraba á los ángeles del cielo. Vivía en medio de un mundo donde era un mérito el estar alegre. El frío glacial del egoísmo, los vientos ásperos del odio, las noches largas y oscuras de la desesperación habían hecho necesaria allí la visita generosa, heroica de la alondra de la alegría.

Por eso vivía devolviendo sonrisas por miradas de aversión, por gestos de desprecio.

Los ángeles dijeron á Dios: «¡Señor!, que haga milagros». «Preguntadle lo que quiere hacer» —dijo el Señor...

—«¿Quieres que tus manos, al tocar á los enfermos, sanen sus enfermedades?»

—«No, mejor es que Dios lo haga.»

—«¿Quieres que tus palabras conviertan á los hombres.»

—«No, eso es misión más propia de ángeles; yo sólo sabré orar, no convertir.»

—«¿Quieres atraer á las almas por el brillo de tus virtudes, y glorificar así á Dios?»

—«No, al acercarse á mí se separarían de Dios.»

—«¿Qué quieres, entonces?»

—«Que Dios me dé su gracia, y lo tengo todo.»

—«Es preciso que pidas un milagro»—replicaron los ángeles, para probar su humildad y obediencia.

—«Sea así. Que yo pase por el mundo haciendo bien, sin saberlo.»

Y los ángeles, maravillados, volaron al cielo á dar cuenta al Señor de lo que habían visto.

Y Dios ordenó: «Que su sombra, sin él saberlo, haga el bien...»

Y cuando el santo caminaba, su sombra, sin él saberlo, hacía reverdecer los campos áridos, florecía las plantas marchitas, devolvía el agua á las fuentes desecadas, el color de la salud á los niños, la alegría á las madres, mitigaba dolores, consolaba tristezas...

Y las gentes seguían silenciosas al santo tauturgo, y respetando su humildad, recibían el bien sin darle gracias, y olvidando hasta su nombre y su figura, le llamaban *La sombra milagrosa*...

¡Ave, sombra!, que asciende, en la santidad del sendero, como una estela de la virtud, fantasma del silencio, á la hora solemne de las añoranzas, de las lejanías, del toque de oraciones.

¡Oh!, la sombra poemática, austera, litúrgica, espectral, como un salmo va murmurando la plegaria del bien, va sembrando la bendición por donde pasa...

Y la sombra decía su canción del milagro.

Y el santo aquel, á quien bajaron á admirar los ángeles, viendo que ya no recibía miradas de desprecio, que las cosas y los hombres no presentaban ya sus gestos hoscos á su alrededor, que el sol de la alegría inundaba de luz aquellas tierras antes heladas por el egoísmo, sin saber que era su sombra la hacedora del milagro, le pedía muy humilde á Dios que lo llevara á otras regiones donde fuese un mérito el vivir contento.

¡Quién sabe si el «apóstol gris» que lleva todos los años, el día de la Purificación, el mensaje de alegría á las costas escandinavas, será la sombra milagrosa que, en el canto de la alondra, va convertida en sonido para hacer el bien!...

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA

DIBUJO DE MARÍN

ORACIÓN DEL DESVALIDO

Me has dejado sin padre, Dios misericordioso: mi padre, que era un hombre cabal, un virtuoso que se alzó en la conciencia de la gente un altar, porque todo lo daba, porque nada pedía; porque en su pan, ¡tan duro!, sal de digno ponía, y me enseñó á ser sano y me enseñó á esperar...

Te has llevado á mi madre, la siempre ilusionada; la que sufrió sin queja; la que rió por nada; la que alumbró á los suyos con luz de amanecer; la que perdió á raudales su sangre y su alborozo en este cotidiano, frenético destrozo que marchita en la madre su gracia de mujer.

¡Oh, Dios, el de la barba y la intención de arriño que un maestro muy pobre me enseñó á amar, de niño! ¡Oh, Dios, todo justicia! ¡Oh, Dios, todo bondad! En mi infancia, sin hieles, la hiel no presentía ni el tedio imaginaba; y, ofuscado, creía fuente que no se agota la de la mocedad...

Pero Tú, poco á poco, graduando mis dolores, has trocado en cenizas mis hogueras mejores, variado mi granero, fatigado mi amor; me has quitado los sueños y el gusto de la vida y la fe redentora y la senda florida... ¡Bienhaya tu designio! ¡Todo es tuyo, Señor!

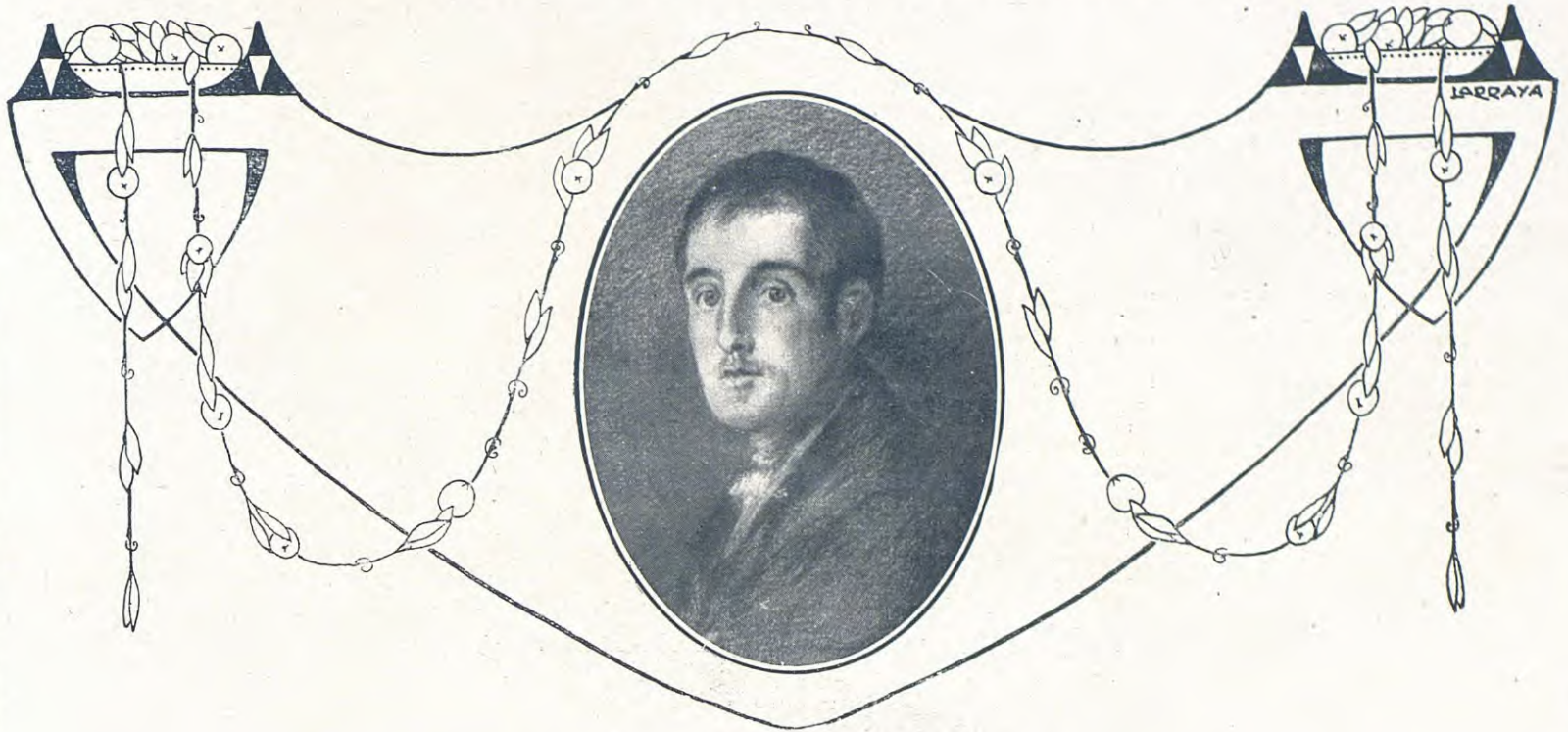
Yo daba, generoso, mi risa á las auroras; yo convertía en manto el sayal de las horas; yo no labré mi dicha con la de los demás; me faltó consecuencia para ser ambicioso; transigí con lo falso, siempre que fuera hermoso, y, ebrio de optimismo, no aspiré nunca á más.

Estoy solo, muy solo. ¡Solo, obcecadamente! Nadie cura piadoso mi nostalgia de gente. El alma y el espejo fraguan mi senectud. Me trajiste á la tierra desnudo y desvalido y hoy, Dios munificente, porque así lo has querido, no tengo ni riquezas, ni honores, ni salud.

Viejo precoz, enfermo; carne toda ulcerada á pudrirse, hecha flor, por su mal condenada, dale una llaga más, generoso Señor; lo poco que en mi vida pueda quedar de sano, solicito y humilde, se lo brindo al gusano; ¡se lo brindo al gusano, tu fiel Embajador!...

E. RAMÍREZ ANGEL

REMEMBRANZAS DE NUESTRA HISTORIA



LOR WELLINGTON

LA TOMA DE CIUDAD RODRIGO
(19 de Enero de 1812)

PARA quienes no hemos perdido del todo el amor á la patria y además de no perderlo, no sentimos rubor de confesarlo, es un consuelo alentador, quizá un poco candoroso ó romántico, refugiarnos en el recuerdo de nuestras glorias pasadas, de nuestras heroicidades pretéritas, de nuestras viejas hazañas.

... Es de día: tendad la vista sobre la campiña plana y extensa y contemplaréis como visión de magia, en la morada tonalidad característica de ese campo castellano fronterizo á Portugal, surgir de improviso un panorama que la luz de otra época, ya distante, alumbró un día.

Mirad y apresuraos, porque el crepúsculo llega. Ved: frente á vosotros se alzan esos bastiones ingentes, esos lienzos de piedra que forman la muralla, tras la cual una ciudad se guarece. Es española, es de Castilla, pero en sus torreones, en sus corredizos de muralla, en sus puertas y en sus edificios de fábrica resistente asoman caras extrañas; sus moradores no son hijos de Castilla: Ciudad Rodrigo es esclava del ejército francés... Dos mil hombres de Marmont guarnecen su recinto, y sus armas y sus exóticos trajes de guerreros coronan sus murallas y guardan sus defensas.

La luz inicia su agonía con una apoteosis de reflejos: es día 19 de Enero del año 1812. Contemplad hacia este otro lado: el genio frío y rencoroso de Wéllington ha ideado en este segundo asedio rendir por hambre á Ciudad Rodrigo. Su odio á Francia es inextinguible y mortal.

El éxito que no hubo de coronar su primer intento, será ahora terrible rencor que hará espantoso el combate, no sólo aquí, sino en otra hazaña siguiente, en aquella que había de dar fama, ante los muros de Badajoz, de fieras y crueles, á sus aguerridas huestes.

Llega Wéllington de la frontera portuguesa en rápido avance, ahora que Marmont y el grueso de su ejército se han retirado á tierras de Plasencia y á sus estancias anteriores de Salamanca y Valladolid. Esta vez el azar ha puesto el éxito de su parte, y antes de empezar la lucha ya lleva el triunfo delante. Cuando Wéllington en Frejeneda y Almeida organizaba el segundo sitio de Ciudad Rodrigo, la sorpresa gloriosa de Arroyomolinos vino á precipitar la rendición de esta plaza. Fuerzas de Wéllington, de Crawford y Mackinson y de los guerrilleros Hill, Carlos España y D. Julián Sánchez, forman las co-

lumnas que han de dar el formidable asalto.

Los franceses han mejorado mucho las defensas de la ciudad, recomponiendo los quebrantos del sitio del año 10. Han fortificado el convento de Santa Cruz en su cara Nordeste, los edificios más sólidos y mejor situados del arrabal; y el cerro de San Francisco se ha transformado en recio baluarte que denomina el reducto de Renand.

... En la noche del 8 los ingleses se apoderan del reducto y plantan en el teso tres baterías de once piezas cada una.

... El 13 se apodera Graham de Santa Cruz.

... El 14, los sitiados intentan, con una arriesgada salida, contener los progresos del sitio; pero el éxito no les acompaña y, por la noche, el cerro de San Francisco sucumbe también á las fuerzas sitiadoras.

... El 19 quedan, por fin, los muros de la ciudadela apuntillados, y abierta con esto amplia brecha para los asaltantes.

Ha empezado otra vez el combate, cuando ya la luz del día está casi vencida por las sombras. Anochece el día 19, y en la penumbra de su crepúsculo se da el asalto por ambas brechas, con cinco columnas de infantes... A los treinta minutos de lucha sangrienta y encarnizadora, las tropas de los aliados, ingleses, portugueses y españoles, penetran en la ciudad, habiéndose dejado al pie de sus murallas, y en los pasos, mil trescientos hombres y los generales Crawford y Mackinson.

... Y cuando ya la noche ha aniquilado por completo todo vestigio de luz, y en el misterio de su sombra se guarda el horror de la tragedia habida aquí y allá, chispazos y lumbraradas de incendios no extinguidos, cuyo parpadeo es la postrera agonía de todas las agonías que hay en el silencio de la noche, proyectan sus vacilantes lenguas de fuego, rojas por la sangre y la rabia, y delatan, iluminando sus cúpulas, torres y bastiones, los mástiles en cuyos remates ondea el triple símbolo victorioso de los aliados...

Y ahora, cuando de nuevo abráis del todo los ojos, cuando alejéis esta breve y rápida ensoñación para volver á la realidad de nuestros días presentes, en los que también, si no nuestro suelo, nuestro espíritu anda inquieto y turbado, os preguntaréis, mirando á la raza, á nuestra raza de hoy: ¿Dónde están los nietos de aquellos guerrilleros cuyo valor premió la Historia calificándolos de hijos esforzados de la patria, y cuyos nombres siempre recuérdanse con noble orgullo: Mina, el Empecinado, Abadía, Hill, Carlos España, D. Julián Sánchez, Santocildes...?

Y el único consuelo que hallaréis será interrogar también, dejando vagar la vista más allá de nuestras fronteras, con un y ¿dónde están los de Wéllington, los de Ney, los de Sout, los de Mesnier, los de Marmont, Suchet y Massena?

Acaso un débil eco, una voz muy lejana, la vieja voz de la Historia, os diga, como en secreto: Hoy ya no hay en las guerras capitanes, héroes y caudillos á la romántica manera del pasado. Todos hoy son valientes, pero sabios; el guerrero poeta ya sólo es fantasma en la Historia.



"La batalla de Ciudad Rodrigo"
DIBUJO DE SERRA CAUSAS

FERNANDO MOTA

FUNDADORES DE ESTADOS ARAGÓN

REDUCIDO era el territorio que en la parte central de los Pirineos, entre los valles del Roncal y de Gistain, constituía el Estado que en la distribución de reinos hecha por Sancho el Mayor de Navarra había señalado á su primogénito Ramiro.

Según opinión de los historiadores de aquella época, el flamante estado aragonés abarcaba solamente una estrecha comarca que no mediría más allá de unas veinticuatro leguas de largo por la mitad de ancho, según cálculo aproximado.

Nadie podía imaginar que tan pequeño recinto había de convertirse, andando el tiempo, en Estado vasto y poderosísimo que había de ser uno de los reinos más extensos y respetables, no sólo de España, sino también de Europa.

Apenas se vió al frente de su pequeño reino, intentó Ramiro ensancharle—desde luego á expensas de su hermano el rey García de Navarra—; pero sorprendido y derrotado en Tafalla hubo de agradecer el regresar fugitivo y poder guarecerse en las montañas de su estrecho y exiguo Estado. Así permaneció hasta el año 1038 en que su hermano Gonzalo, señor de Sobrarbe y Ribagorza, fué asesinado á traición en el puente de Monclús al regresar de una partida de caza, por su vasallo Ramonet de Gasuña. Entonces fué cuando los principales moradores de los mencionados señoríos, viéndose sin señor para gobernarlos, eligieron por rey al monarca de Aragón, pudiendo de tan inesperada manera ensanchar Ramiro considerablemente los pequeños dominios de su reino.

Había casado Ramiro en 1036 con Gisberga, hija de Bernardo Roger, conde de Bigorra, á la cual cambió el nombre por el de Ermesinda.

Nótase gran falta de documentos y noticias referentes á los primeros años del reinado de Ramiro; se supone que extendió su dominación hasta el condeado de Pallás.

Más conocidos son sus hechos religiosos que los políticos. Celebró dos importantes Concilios durante su reinado, uno en San Juan de la Peña y otro en Jaca. En el segundo, que revistió mayor importancia que el primero, asistieron y le confirmaron el propio rey Ramiro con sus dos hijos, nueve obispos, tres abades, un conde y todos los próceres de la Corte del rey.

Por la devoción de que dió pruebas y las posi-



Ramiro I

vas ventajas que para la Iglesia resultaron de dichos Concilios, mereció el monarca aragonés que el pontífice Gregorio VII le distinguiera grandemente, concediéndole el título de *cristianísimo príncipe*.

Dos años antes del Concilio, hallándose el rey enfermo en San Juan de la Peña (1061), hizo su testamento, en el cual, después de declarar sucesor de todas sus tierras y señoríos á su hijo primogénito Sancho, cedió al otro Sancho (el ilegítimo) los señoríos que anteriormente se han citado.

Respecto al fin del primer monarca aragonés, cuentan la mayor parte de los historiadores, incluso los particulares del reino de Aragón, que te-

niendo Ramiro puesto cerco al castillo de Graus, para arrancarle del poder de los sarracenos, marchó contra él al mando de un poderoso ejército y como aliado del rey de Zaragoza, su sobrino el rey Sancho el Fuerte de Castilla, y que acometido y envuelto por todas partes pereció allí el monarca aragonés con muchos de sus acompañantes. Mas no todos los historiadores están conformes con el anterior relato por notarse una manifiesta disparidad cronológica comparando las fechas de los reinados de ambos monarcas.

Un historiador arábigo, casi contemporáneo de Ramiro, relata el suceso en forma más verosímil diciendo que: «Cuando Al Moktadir Billah, rey moro de Zaragoza, dejó la capital para ir con sus huestes al encuentro del rey Ramiro, quedó consternado al divisar la numerosa tropa que al rey aragonés acompañaba, y que trabada que fué la batalla, muy encarnizada por cierto, los musulmanes viéronse obligados á dispersarse ante el empuje de los soldados cristianos. Al Moktadir llamó á uno de sus capitanes que aventajaba á los demás por sus talentos guerreros, y consultándole su opinión sobre el combate, le contestó el capitán: Ha sido desgraciado, pero aún me queda un recurso. Y disfrazándose con el traje de los cristianos penetró en el campamento y se dirigió al sitio donde se hallaba el rey.

»Encontróle armado de pies á cabeza, con la visera del casco calada de modo que sólo se veían sus ojos. El musulmán se acercó, esperando ocasión favorable para herirle. Presentóse ésta y, lanzándose sobre Ramiro, le hirió en un ojo con su lanza. El rey cayó boca abajo en tierra; entonces el agresor exclamó: —El sultán ha sido muerto, ¡oh, cristianos!— Difundida la noticia de la muerte de Ramiro dispersáronse los cristianos y huyeron precipitadamente. Tal fué, por la permisón del Todopoderoso, la causa de la victoria de los musulmanes.»

Sin embargo, el rumor de la muerte de Ramiro había sido falso; el rey estaba herido solamente, pero murió de dicha herida el 8 del siguiente Mayo (1063) en San Juan de la Peña, donde fué enterrado, dejando por sucesor á su hijo Sancho, el legítimo, que ya durante la enfermedad de su padre había gobernado el reino.

C. URBEZ



PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

LA ESFERA - MUNDO GRÁFICO - NUEVO MUNDO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

LA ESFERA

Madrid y provincias.....	{ Un año	30 pesetas
	{ Seis meses.....	18 >
Extranjero.....	{ Un año	50 >
	{ Seis meses.....	30 >
Portugal.....	{ Un año	35 >
	{ Seis meses.....	20 >

MUNDO GRÁFICO

Madrid y provincias.....	{ Un año	15 pesetas
	{ Seis meses.....	8 >
Extranjero.....	{ Un año	25 >
	{ Seis meses.....	15 >
Portugal.....	{ Un año	18 >
	{ Seis meses.....	10 >

NUEVO MUNDO

Madrid y provincias.....	{ Un año	19 pesetas
	{ Seis meses.....	10 >
Extranjero.....	{ Un año	30 >
	{ Seis meses.....	16 >
Portugal.....	{ Un año	22 >
	{ Seis meses.....	12 >

Herrosilla, 57.-MADRID

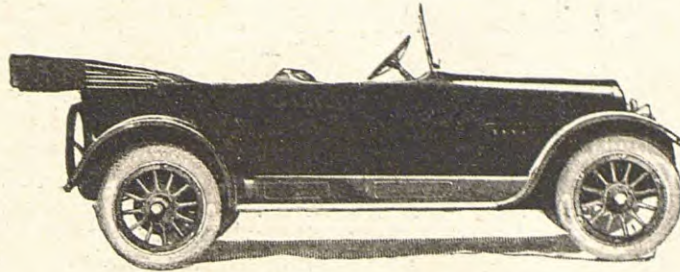
EL AUTOMOVIL PREFERIDO POR S. M. EL REY

Arranque automático
Alumbrado eléctrico

Modelo 89. 28-32 HP. 6 cilindros
7 asientos. Ballestas cantilever

El carburador más económico y de instantáneo reglaje

Willys



Overland

Aun pagando el doble de lo que cuesta, no puede obtenerse un coche más perfecto. La enorme producción anual de la Fábrica, 250.000 COCHES DE ALTA CATEGORIA, lo permite y garantiza

De venta: Piezas de recambio y Talleres de reparación. **SOCIEDAD EXCELSIOR**, Alvarez de Baena, 7. Teléfono S. 426. Madrid.-Y en todas las capitales de provincia

RAMOS

Especialidad en bisoños de caballero y postizos con raya natural, patentado para el último peinado.

Huertas, 7, Madrid

LOPEZ HERMANOS

"Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivera, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Unicos fabricantes del incomparable **ANIS MOSCATEL**, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confien. Para más detalles, pidanse catálogos.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.



Serafina, la Rubiales, va perdiendo su hermosura, y es que no usa ya la crema ni los polvos PECA-CURA.

Jabón, 1,35.—Crema, 2.—Polvos, 2,20.—Agua cutánea, 5.—Colonias, 2,75, 4,25, 7,25 y 12,75 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun, 25 años de éxito mundial es el mejor reclamo!



6 pesetas frasco. Madrid. Gayoso, Martín Durán. Barcelona, Alsina Segalá, V. Ferrer. HABANA, Sarrá. TIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. GUATEMALA, Sierra. Zaragoza, Jordán. Valencia, Cuesta. Granada, Ocaña. San Sebastián, Tornero. Murcia, Seiquer. Vigo, Sádaba. Valladolid, Llano. Jerez, González. Santander, Sotorrio. Sevilla, Espinar. Bilbao, Barandiarán. Las Palmas, Lleó. Mallorca, «Centro Farmacéutico». Coruña, Sánchez. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, Barcelona, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



IMPOTENCIA

curada infaliblemente por las "PILDORAS HERIAL"

12,35 pts. la caja, 33 pts. las 3 cajas franco. Folleto gratis. Farmacia LAIRE, 111, r. Turenne, Pa-is.



No ganará V. jugando a ciegas

ni curará su estreñimiento con purgantes que irritan el intestino.

LAXEN BUSTO

es un laxante suave y eficaz que no causa molestia alguna.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

PASTILLAS BOLIVAR



CATARROS, ASMA, TOS

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

MUEBLES ALCOBAS, COMEDORES, DESPACHOS, GABINETES, SALONES, EBANISTERIA, TAPICERIA, ETC. **MURUA Y ALBIZURI**. Banco de España 3. **BILBAO**

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la **SIROLINE** preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale preveer que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.



Agua de Syrus

MARCA REGISTRADA

BLANCA Y ROSA

La única higiénica para la belleza

Suaviza y hermosea el cutis, haciendo desaparecer los pequeños granos y manchas, dando una blancura nacarada

De venta en perfumerías 3 y 7 ptas. frasco.—Provincias, 3,50 y 8 ptas.

Fábrica y Dirección: Plaza de la Encarnación, 3.—Teléf. 1.633.—MADRID

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

LA HERNIA

Contención y comodidad absoluta en los casos más difíciles, alivio inmediato y seguro en las hernias dolorosas y **CURACION RADICAL** en más del 90 por 100 con el tratamiento combinado de los **APARATOS** y **EMPLASTOS NOTTON**. Innumerables certificados de curación. Gran Premio y Medalla de Oro en la actual Exposición de París. **J. Notton**, cirujano especialista, **Montera, 8, Madrid**. Consulta gratis, de 11 á 1. De 4 á 6, cinco pesetas.



REMEDIO ANTISEPTICO

de incomparable eficacia

SON LAS

PASTILLAS VALDA

QUE

EVITAN Y CURAN

la Tos, los Resfriados

Afecciones de la Garganta recientes ó inveteradas
Bronquitis agudas ó crónicas, Catarros,
Grippe, Trancazo, Asma, etc.

PERO HAY QUE TENER ESPECIAL CUIDADO
de no **EMPLEAR** más que

LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA

PEDIRLAS, EXIGIRLAS

en todas las Farmacias

en CAJAS de Ptas. 1.50

CON EL NOMBRE

VALDA en la tapa

AGENTES GENERALES; Vicente **FERRER** y C^a
BARCELONA

Fórmula:
Menthol... 0,002
Eucalyptol... 0,002
Azúcar-Goma.

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA